

LOS DIENTES DEL PERRO

BURTON HARE

Se detuvo de repente cuando vio aquello entre las agitadas ramas de un matorral.

Dos grandes puntos verdes, fosforescentes, que le miraban fijo en medio de la negrura. Unos ojos malignos que no parpadeaban y de los que parecía desprenderse un halo luminoso y fatal que le atrajera con el vértigo mortal de un abismo.

Godowsky estuvo tentado de dar media vuelta y huir. Pero aquellas pupilas parecían fascinarle. Dio dos pasos más, aproximándose a ellas.

Entonces se agitaron, al tiempo que el aullido vibraba una vez más, aunque ahora sin la urgencia de antes. Al hombrecillo se le antojó la voz de un viejo pidiendo ayuda.

Se aproximó más, vigilando los ojos verdes y fosforescentes, pronto a escapar a la menor señal agresiva.

Llegó al matorral. Un gran cuerpo negro se agitó como sacudido por el ventarrón que lo revolvía todo.

—¡Maldita sea! —exclamó Godowsky, aliviado—. No vales el susto que me has dado, amigo.

Era un perro negro y grande. Un perro lobo de enorme cabeza, quieto sobre la hierba, mirándole como si le implorase.



Burton Hare

Los dientes del perro

Bolsilibros: Selección Terror - 55

ePub r1.0
Titivillus 24.02.15

Título original: *Los dientes del perro*
Burton Hare, 1974
Diseño de cubierta: Jorge Sampere

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

1

Lo encontró una noche que, tal como dicen por esas tierras, era tan negra como el chaleco del príncipe de los infiernos.

O quizá fuera más cierto decir que el perro le encontró a él.

Sea como fuere, Godowsky caminaba cabizbajo, tropezando aquí y allá, en completa oscuridad. El viento huracanado aullaba entre los árboles, arremolinando la hojarasca, agitando con violencia los arbustos espinosos y arrancando lamentos casi humanos al precipitarse entre los gigantescos peñascos que salpicaban el bosque.

Godowsky ya estaba arrepentido de haber elegido el sendero que acortaba camino hasta su hogar, en lugar de tomar el otro, más largo pero más plano y cómodo, cuando oyó por primera vez el lamento.

Se detuvo en seco. Un espasmo de temor sacudió sus miembros.

Escuchó con todos los sentidos alerta. Una vez más, cruzaron por su imaginación viejas historias de aparecidos y monstruos, de viajeros despedazados por horribles seres de la noche que nadie sabía de dónde procedían ni adónde iban…

«Tonterías, eso son historias de viejas», se dijo.

Reanudó el camino, pero lo cierto es que apresuró el paso y ansió llegar pronto a su casa, incluso contando con que allí tendría que enfrentarse con la arpía de su mujer.

El aullido vibró, una vez más, entre el lamento del vendaval.

Sus pies parecieron clavarse en el suelo. Estaba seguro que ninguna garganta humana era capaz de producir semejante sonido.

Ahora estaba seguro de haber oído claramente aquella queja.

Expresaba dolor, tal vez. O una ira sorda contra el mundo por algún pecado monstruoso.

¿Una bestia tal vez?

Pero Godowsky conocía bien los montes. Había vivido toda su vida en Gladstone y ningún habitante irracional de las montañas tenía secretos para él.

Trató de avanzar, incluso pensó en echar a correr hacia el pueblo porque sentía la presencia a su alrededor de una fuerza que trataba de dominarle.

Mas no se movió, quizá deseando oír aquel grito extraño que sacudía todos sus nervios.

Y cuando lo oyó ya no le cupo duda. No era una queja humana. Sonaba con un tono sordo y que no obstante vibraba con un diapasón de urgencia, como una llamada de ayuda…

Cautelosamente, Godowsky abandonó el sendero, desafiando al viento y al miedo, dispuesto a descifrar aquel enigma. Godowsky era un hombrecillo más bien débil y de baja estatura, apreciado por todo el pueblo. Ni valiente ni cobarde, las malas lenguas decían que sólo le tenía miedo a su mujer.

Quizá fuera cierto.

O quizá no, porque mientras se apartaba del sendero notaba un frío estremecimiento en todos sus nervios, como si una garra helada le acariciase la nuca.

Se detuvo de repente cuando vio aquello entre las agitadas ramas de un matorral.

Dos grandes puntos verdes, fosforescentes, que le miraban fijo en medio de la negrura. Unos ojos malignos que no parpadeaban y de los que parecía desprenderse un halo luminoso y fatal que le atrajera con el vértigo mortal de un abismo.

Godowsky estuvo tentado de dar media vuelta y huir. Pero aquellas pupilas parecían fascinarle. Dio dos pasos más, aproximándose a ellas.

Entonces se agitaron, al tiempo que el aullido vibraba una vez más, aunque ahora sin la urgencia de antes. Al hombrecillo se le antojó la voz de un viejo pidiendo ayuda.

Se aproximó más, vigilando los ojos verdes y fosforescentes, pronto a escapar a la menor señal agresiva.

Llegó al matorral. Un gran cuerpo negro se agitó como sacudido

por el ventarrón que lo revolvía todo.

—¡Maldita sea! —exclamó Godowsky, aliviado—. No vales el susto que me has dado, amigo.

Era un perro negro y grande. Un perro lobo de enorme cabeza, quieto sobre la hierba, mirándole como si le implorase.

—¿De dónde diablos saliste? —rezongó Godowsky, como si el animal pudiera responderle.

El perrazo agitó las enhiestas orejas. Sus ojos parpadearon por primera vez y un suave ronroneo brotó de sus poderosas mandíbulas.

—¿Qué haces aquí, por qué no te levantas? Va a estallar la tormenta en cualquier momento, ¿sabes?

Godowsky no recordaba haber hablado tanto seguido desde hacía meses. Con su mujer jamás hablaba. Sólo escuchaba.

El perro lobo se agitó. Tenía dificultades para levantarse.

Se quedó de pie, tambaleándose. Entonces, Godowsky hizo algunos descubrimientos.

En primer lugar, estaba tan flaco que sus costillas podían contarse una a una. Además, tenía una pata rota.

—Por eso te quejabas, ¿eh? —dijo Godowsky, arrodillándose al lado del animal—. Me diste un buen susto, amigo, de veras… Tienes una voz que no es de perro.

Él mismo trató de reírse por haber dicho esa incongruencia. Le producía un placer extraño oír su propia voz sin el temor de las aceradas y mordientes réplicas de su caballuna esposa.

Tocó la pata rota para descubrir el lugar exacto de la fractura. El perrazo se estremeció y dejó escapar un quejido.

—Te duele, ¿eh?

Gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer. Calientes, pesadas, repicando en la hojarasca.

—Ya está aquí —rezongó Godowsky.

Titubeó. Debía apresurarse o la tormenta le pillaría en descampado.

El viento arreció de manera terrible. Los gruesos árboles se doblaban como gigantes flagelados por el dios del mal.

El hombrecillo titubeó entre curar la pata del perro o correr en busca de refugio. El aguacero que se avecinaba solía tener malas consecuencias con los que pillaba al descubierto. Y el viento, que

aumentaba su fuerza por instantes, casi capaz de arrastrar a una persona.

Se levantó. Una racha huracanada le empujó casi derribándole de espaldas. El perro cayó de costado y aulló otra vez de dolor. Godowsky se aferró al tronco de un pino mientras el agua chorreaba por su rostro, azotándole con salvaje violencia.

Tenía que huir cuanto antes. Había una vieja cabaña a menos de un cuarto de milla sendero abajo. Apenas un amontonamiento de troncos abandonado y semiarruinado… Allí podría esperar que cesara el temporal.

El viento se hizo caliente como la lluvia, bramando en lo más profundo del bosque. Godowsky oía el jadear del perro a sus pies y cuando ladeó la cabeza descubrió aquellos ojos demoníacos y verdes fijos en él.

—¡Que me condene si te abandono en medio de la tormenta! —rezongó, malhumorado—. Estás malherido, ¿eh?

Abandonó la protección del árbol. Se frotó el rostro furiosamente para librar de agua sus pupilas.

Tras no pocos esfuerzos consiguió levantar al desvalido animal. Se lo cargó sobre el hombro, y a pesar de que el perrazo era sólo huesos y piel se tambaleó bajo su peso, azotado por el viento que amenazaba derribarlo a cada embate.

Durante el recorrido hasta la cabaña el perro no dejó oír su voz, a pesar de que su pata rota debía dolerle endiabladamente, porque según Godowsky había podido comprobar que la fractura tenía los bordes astillados.

Encontró la cabaña cuando casi tropezó con ella. La puerta estaba caída, arrancada de sus goznes. El hombrecillo depositó al perro en un rincón, y valiéndose de un largo palo atrancó la madera de modo que cerrase en parte la entrada. De este modo evitó la huracanada corriente de aire.

El perrazo no le perdía de vista. Sus ojos de diabólico brillo seguían todos sus movimientos con fijeza hipnótica.

Godowsky se acercó al animal, consciente de que había algo en el ambiente, en la cargada atmósfera de la noche, que le inquietaba. Una sensación de incertidumbre que no lograba precisar, pero que ponía continuos escalofríos en su piel.

—Habrá que entablillar esa pata, amigo —rezongó, hablando de

nuevo para escuchar su propia voz porque así adquiría confianza en sí mismo—. Después, ya veremos… Si no fuera por mi mujer, te llevaría a casa, ¿sabes?

Un ronco gruñido brotó de las fauces poderosas del can. Sus ojos seguían quietos, sin parpadear.

Godowsky puso manos a la obra, mientras en el exterior rugía la tempestad y la lluvia torrencial azotaba la cabaña, entrando por las grietas del techo y de las paredes, caliente como la sangre…

2

El viento había amainado, pero todavía rugía de vez en cuando en rachas salvajes que arrancaban agudos crujidos a los árboles del bosque.

En la cabaña, Godowsky había encendido fuego en el centro de la arruinada estancia y dormitaba a ratos esperando que cesara la lluvia torrencial para regresar definitivamente a su casa.

Imaginaba el abrupto recibimiento de que sería objeto por parte de su mujer y eso le llevaba por el camino de la amargura. Una vez más, pensó que debería tomar una determinación al respecto. Estaba harto de humillaciones, de aceradas burlas, de sarcasmos que le hundían moralmente ante todo el vecindario.

Dio un vistazo al perro, tendido en un rincón. Se sorprendió de que el animal no durmiera tampoco, porque debía estar agotado tanto de cansancio como de dolor.

Sacudió la cabeza. Sentía de nuevo aquella desazón que le provocaba helados estremecimientos. Era una cosa extraña como no le había sucedido jamás.

Los ojos hipnóticos del enorme perro lobo no se apartaban de él ni un instante, como si quisiera asegurarse de que no le abandonaba, de que no se iba dejándolo solo en la cabaña.

Cuando cedió la lluvia al fin, Godowsky se levantó y desatrancó la puerta, asomando la cabeza al exterior.

La oscuridad impenetrable del bosque parecía cuajada de extraños reflejos y misteriosos rumores. Una música leve punteada por el gotear del follaje, el viento que se batía en retirada y el susurro de la empapada hojarasca.

No sabía qué hora sería, pero era indudable que ante la opinión de su mujer resultaría tardísimo. Y si por lo menos hubiera podido llevarle buenas noticias la cosa habría sido más llevadera. Ahora…

Maldijo para sus adentros. Sordas maldiciones a su apocamiento, a su mujer, al mundo entero por estar hecho de tal guisa que una persona pudiera sentir miedo y repugnancia de vivir.

Habría de dejar el perro en la cabaña y que se las compusiera por sus propios medios. Llevarlo a su casa significaría un cataclismo.

Como si le adivinase los pensamientos, el animal gruñó allá atrás. Un bronco sonido que hizo retemblar las paredes de la cabaña.

Godowsky sintió como un viento helado en la nuca, otra vez aquella empavorecedora sensación de estar envuelto en un sortilegio más poderoso que su propia voluntad.

El fuego chisporroteó, extinguiéndose.

El bosque, quieto ahora, era una negra mancha, inmensa, que le hacía sentirse aún más insignificante.

Se volvió poco a poco. El perrazo continuaba inmóvil donde lo dejara, mirándole con sus malignos ojos fosforescentes.

—Eres un problema, amigo —gruñó el hombrecillo—. Todo un problema, porque detesto dejarte abandonado.

Se acercó al animal. Le acarició la poderosa cabeza, las erguidas orejas, sintiendo la fascinación de las pupilas verdes que no parpadeaban.

—De todos modos, mi llegada a casa será todo un acontecimiento, tanto si te llevo como si no.

Era extraño oír su voz en largas frases y que no tuviera que encogerse bajo una andanada corrosiva que solía prolongarse durante horas.

—Bueno, te llevaré. Una vez en casa, ya veremos. Pero no esperes que mi mujer te trate ni medio bien. Una vez me dijo que me detestaba tanto como a un perro, así que…

Echó puñados de tierra del suelo de la cabaña a los rescoldos del fuego. Luego, en completa oscuridad, cargó con el animal y tambaleándose bajo su peso emprendió el camino.

* * *

Había un destartalado cobertizo detrás de la casa. Servía tanto de leñera como de almacén de trastos y herramientas del jardín.

Godowsky se deslizó en silencio hasta él para dejar allí su pesada carga.

El perro lobo emitió un sordo ronroneo cuando lo depositó sobre una pila de sacos viejos.

—No te muevas, ¿eh? —musitó—. Si te ve en el primer estallido sería capaz de matarte. Tú no conoces a mi costilla, amigo.

Los ojos.

Aquellos ojos de mirar fascinante parecieron humanizarse, según la particular impresión del hombrecillo. Sin parpadear, no se apartaban de él, ahora acariciantes.

Más de pronto, el perrazo contrajo la boca y sus largos, afilados y siniestros colmillos relampaguearon en la penumbra como puñales.

Godowsky sintió un frío mortal en todo el cuerpo. Aquellas mandíbulas podían destrozar a un hombre con un par de dentelladas.

—¿Qué te pasa ahora? —murmuró—. Te he curado, ¿recuerdas?

Los colmillos desaparecieron repentinamente y el perro se echó de costado sobre su lecho de sacos. Pero no cerró sus ojos diabólicos, que siguieron mirando al hombrecillo hasta que éste abandonó el cobertizo.

Casi amanecía cuando introdujo la llave en la cerradura de su casa.

Apenas puso el pie en el interior, del piso alto le llegó la voz chirriante de Phyllis.

—¿Ben? Pensé que te habías roto la crisma por el camino… ¿Sabes la hora que es?

—Lo… lo siento. Me sorprendió la tormenta en pleno bosque.

—¡Y te asustaste, naturalmente! Es de hombres asustarse por una tormenta.

Godowsky se encogió de hombros y cerró la puerta.

Sobre su cabeza, en el piso, se oyó el chirrido de un somier y luego unos pasos. Una puerta, y los pasos resonaron duros y seguros rumbo a las escaleras.

El hombrecillo se dispuso a afrontar lo que sabía que iba a venir.

La mujer apareció. Era alta, seca, arrugada y el cabello

descolorido le colgaba en greñas desordenadas hasta los hombros. Sus ojillos diminutos y negros eran como puntas candentes que chispeaban con incontenible determinación.

El cuerpo huesudo, cubierto por un camisón que flotaba a su entorno igual que un globo, descendió los peldaños pisándolos como si quisiera romperlos.

—Y bien, gran hombre, ¿lo conseguiste?

Godowsky se encogió.

—Verás…

—¿Lo conseguiste o no?

Él sacudió la cabeza de un lado a otro.

La cara de la mujer se cubrió de rojo. Roja ira que desbordó hasta de los poros de su piel.

—Lo imaginaba —siseó—. Sabía que también en esto fracasarías. ¡Maldito inútil! Que no tienes de hombre más que los pantalones.

—Deja que te explique…

—¿Explicar? Otra historia de las tuyas. Embustes, sueños de grandeza. ¿Por qué no escribes un libro? ¡Fracasaste también en esto, como has fracasado en todo durante tu vida!

—Escucha, Phyllis…

—¡Ya te he escuchado demasiado en todos estos años! Y nada de lo que has dicho, imaginado o pensado se ha realizado. Eres el hazmerreír del pueblo.

—Pero Phyllis, los créditos están…

Ella le interrumpió con un gesto agresivo. Godowsky retrocedió un paso.

—Podrás contarle todas tus historias al viejo Simon cuando venga a echarnos de aquí a puntapiés. ¿Crees que él te escuchará? ¡Estúpido! ¿Crees que escuchará tus grandes historias?

El hombrecillo abatió la cabeza. No se atrevía a mirar a su enfurecida mujer.

Ésta dio unos pasos de un lado a otro.

Cuando se detuvo gritó:

—¡Bueno, gran hombre, ahora puedes sacarte otra idea brillante de tu gran cabeza! ¿Qué crees que dirá la gente cuando nos vean en medio de la calle?

—Hablaré con Simon Dachs… Él deberá comprender que…

La mujer disparó las manos y le sujetó violentamente por las solapas. No lo zarandeó. Sólo le sujetó, casi levantándole en vilo.

—¡Claro que comprenderá! —rugió—. Comprenderá que nos tiene a sus pies gracias a un estúpido inútil, impotente, incapaz de levantar cabeza y luchar por lo que es suyo. ¡Debería matarte, Ben, estrellarte contra la pared como a una rata que eres!

—¡Phyllis, no sabes lo que dices!

Ella le soltó con un empujón. El hombrecillo trastabilló y hubo de apoyarse en una silla para conservar el equilibrio.

—¡Sé perfectamente lo que digo! Ojalá te hubieses muerto aquella vez que estuviste tan grave… ¡Ojalá te hubieses muerto!

Él tembló. La mujer dio media vuelta y se lanzó escaleras arriba, pero se detuvo a la mitad de los peldaños y se volvió.

—Empieza a pensar qué harás cuando el maldito avaro nos eche de aquí, trasto inútil, porque yo ya he decidido. Y en mi decisión tú no entras para nada. Ya te he soportado bastante.

Siguió escaleras arriba hasta desaparecer. Sonó un terrible, portazo que sacudió hasta las paredes y después silencio.

Tambaleándose, Ben Godowsky se dejó caer sobre la silla sin fuerzas para sostenerse.

Su mente era un caos. Y su odio. Un odio frío, ciego, a todo lo que fuera su vida hasta entonces. Odio incluso contra sí mismo porque el aplastante desprecio de su mujer, repetido a lo largo de años machaconamente le había convencido de su inutilidad.

Hundió la cabeza entre las manos. Era el fin y él lo sabía.

El fin de su vida, de sus ilusiones, de sus esperanzas de una vida tranquila entre aquellas paredes que amaba, incluso soportando el feroz desprecio de su mujer.

¿Era pedir tanto a la vida poder vivir en paz, cuidar el pequeño jardín, pasar los últimos años de su vida sin más zozobras?

Godowsky sollozó con la cara hundida en las manos.

Sólo podía recordar que ese día que se iniciaba era el último que pasaría en aquella casa, que el viejo usurero le echaría a puntapiés, como había dicho Phyllis, y que se encontraría en medio de la calle, solo.

Inmensamente solo.

No pensó en el perro lobo.

3

Simon Dachs era la clásica estampa del avaro insensible a todo sentimiento.

De corta estatura, enclenque, piel olivácea y llena de arrugas, ojos codiciosos, hundidos en unas órbitas azuladas, incluso su nariz ganchuda parecía haberse hecho más curva con los años.

Llevaba una descuidada perilla en la que los pelos se enredaban formando deshilachados remolinos.

Probablemente, nadie en toda la región era tan odiado por sus vecinos como Simon Dachs.

Pero ese odio no llegaba a manifestarse más que en las miradas asesinas, porque incluso en los comentarios de las viejas comadres, el nombre del usurero era pronunciado en voz baja, con temor.

Casi con tanto temor como el que sentía Godowsky al verlo llegar a través del jardincito de su casa.

Su mujer trasteaba arriba, llenando sus maletas según había dicho, porque ella ya había decidido lo que hacer. Ella siempre decidía, disponía y ordenaba.

Godowsky esperó que el avaro llamara a su puerta. Sintió una oleada de ira impotente, porque apenas amanecido y ya el viejo cuervo acudía en busca de su carroña.

Abrió.

Simon Dachs entró sin saludar. Una vez dentro se volvió y sólo dijo:

—¿Y bien, vas a pagarme, Godowsky?

—Escuche, señor Dachs…

—Ahórrate palabras. ¿Puedes pagarme la hipoteca, sí o no?

—Bueno, no, pero le aseguro que…

—Te repito que ahorres palabras, ya que nunca pudiste ahorrar dinero. No puedes pagar, a pesar de que la hipoteca venció ayer. Bien.

—¡Tiene que concederme otro plazo, señor Dachs!

—Ni lo sueñes. Tienes todo el día de hoy para desalojar esta casa.

—¡No puede arrojarnos a la calle de este modo!

—¡Ya lo creo que puedo! Estoy en mi derecho. Todo el día, Godowsky. De lo contrario, mañana al amanecer haré que el juzgado te arroje de aquí a empujones, y entonces no te permitiré sacar ni un clavo de entre estas paredes.

Godowsky deseó tener el valor suficiente para echarse al cuello del miserable y estrangularlo, aplastarlo como a una alimaña.

Ni siquiera había cerrado la puerta. Tras él oyó un sordo jadeo y al volver la cabeza descubrió al enorme perrazo plantado allí, sosteniéndose con dificultad a causa de su pata entablillada.

No sabía cuánto tiempo llevaba el perro allí, pero estaba tan trastornado que ni siquiera le importó que el animal fuera descubierto ya por su mujer. En realidad, nada le importaba.

El viejo avaro repitió:

—Mañana al amanecer vendré a ver si has dejado la casa.

Se dirigió a la puerta. Godowsky no se movió, cerrándole el paso.

—Usted sabe que la hipoteca no cubre ni la mitad del valor de la casa, señor Dachs… Lo que hace con nosotros es… es…

—Cuando te presté el dinero no dijiste nada de eso. Alguna ventaja he de tener en mis operaciones. Apártate y déjame en paz.

Entonces descubrió al gran perro lobo y se detuvo, arrugando el ceño.

—¿Es tuyo ese animal? —gruñó.

—No, éste… lo encontré herido…

—¡Magnífico! No puedes mantener a tu mujer, y recoges una bestia que come más que tú. Así te van las cosas.

Apartó a Godowsky de un empujón y cruzó el umbral.

El perrazo no se movió de donde estaba. Sus malignos ojos verdes y fosforescentes no se apartaban del usurero. De ellos parecía desprenderse toda la maldad del infierno.

—¡Aparta de aquí, maldito animal! —rezongó Simon Dachs.

Al mismo tiempo que hablaba propinó un puntapié al perro que lo derribó de costado a causa del fallo de su pata entablillada.

Sonó un sordo gruñido del animal. Un rugido de una ferocidad increíble, que puso los pelos de punta al aturdido Godowsky, pero que no impresionó lo más mínimo al avaro, que se alejó a buen paso, frotándose las manos lleno de satisfacción por el magnífico negocio que le había caído gracias a Godowsky.

Éste se acercó al perro, pero de algún modo éste encontró fuerzas suficientes para levantarse y se irguió, temblando de excitación, las fauces contraídas mostrando todo el salvaje fulgor de sus colmillos y siguiendo con la mirada la silueta del viejo usurero que se perdía en la distancia, en medio de la bruma.

—Es un malvado, lo creas o no —murmuró Godowsky, acariciándole su gran cabeza.

El gran lobo fue tranquilizándose poco a poco. El temblor de su cuerpo cesó y sus ojos se volvieron hacia el hombrecillo sin que en ellos relampagueara ya aquel fulgor diabólico.

—Te llevaré otra vez al cobertizo, amigo. Ya veré de traerte algo de comer más tarde.

—¿De dónde demonios has sacado esa bestia?

Godowsky sintió un escalofrío.

Se volvió.

Allí estaba su mujer mirándole acusadoramente.

—Estaba herido…

—No pretenderás quedártelo. A menos que quieras alimentarlo con piedras, que es lo que habrás de comer tú de ahora en adelante.

—Escucha, Phyllis…

—Estuve escuchando desde arriba. Y no pude oír ni una maldita palabra tuya que pusiera a ese asqueroso viejo en su lugar. Claro que de nada habría servido, pero por lo menos le hubieras demostrado que eres un hombre y que tienes…

—¡Phyllis!

—¡Oh, vete al demonio! Siento asco de ti, Ben Godowsky.

—Deberíamos estar más unidos que nunca. Phyllis, para afrontar esta situación.

—¡Únete a ese perro! No eres tú más que él, después de todo. Sólo que tú, en todo caso, eres un perro de aguas. Y no vuelvas a

hablarme de unirnos, ni de seguir juntos. Ya he decidido irme con mi hermana, a Hampstead. Me marcharé mañana por la mañana y me sentiré muy feliz al no tener que ocuparme más de ti.

Dio media vuelta y regresó al piso alto, sus pisadas resonando por la casa como golpes de martillo.

Ben se sintió el hombre más infeliz de la tierra. Se imaginó en mitad de la calle, con la gente burlándose de él, solo, convertido en un vagabundo.

El perrazo frotó su cabeza contra sus piernas y eso le devolvió a la realidad.

—Bueno, amigo, ya viste… Para ella, soy un perro de aguas.

Echó a andar hacia el cobertizo, seguido del perro, que andaba con dificultad sobre su pata rígida por las tablillas.

El hombrecillo se sentó al lado del perrazo cuando éste se echó de costado sobre los sacos. Siguió acariciándole la cabeza, pensativo, buscando una salida a su situación, a pesar de estar seguro que no existía solución alguna.

El perro cerró al fin sus ojos y pareció dormirse.

En torno a él, Godowsky notó de nuevo aquella sensación inquietante, aquel pálpito diabólico que le producía escalofríos.

Sólo que estaba demasiado embebido en sus pensamientos, en su derrota, para bucear en el origen de aquella extraña sensación que pugnaba por dominar su voluntad.

Si se hubiera detenido a examinarla, a tratar de comprender qué podía significar, desde cuándo la experimentaba y por qué cada vez que notaba lo mismo un frío de muerte se deslizaba por sus venas, quizá el terror se hubiese adueñado entonces de él y le hubiera hecho alejarse del extraño y enorme perrazo que el destino había cruzado en su camino.

Sólo que Godowsky no era supersticioso, ni dado a las fantasías y ni siquiera se había preocupado nunca de las fuerzas ocultas en los más alejados estratos del destino.

El pobre Ben Godowsky sólo tenía imaginación en aquellos momentos para pensar en su triste futuro.

El futuro de un perro vagabundo.

4

El viejo Simon Dachs dio por terminado el repaso de sus libros de embrolladas cuentas. Fue a encerrarlos en la pesada caja empotrada en la pared, cuidó de cerrar bien la maciza puerta y se frotó las manos.

Embebido en las cuentas ni siquiera había advertido el paso del tiempo. Sólo cuando regresó a la carcomida mesa recordó el reloj y lo dio un vistazo.

Pasaban algunos minutos de las doce de la noche.

El usurero pensaba con anticipada satisfacción en el día que amanecería al cabo de unas horas. El día que la casa de Godowsky sería suya.

Era uno de los mejores negocios que había realizado en los últimos tiempos. Un negocio redondo.

Apagó la luz y abandonó el despacho encaminándose a su dormitorio. Sabía que esa noche apenas podría dormir, exaltado por entrar en posesión de una casa que, mal vendida, lo dejaría un beneficio neto de casi mil libras. Y ya se ocuparía de que fuera bien vendida para incrementarlo.

De pronto, se sorprendió de la viva excitación que le dominaba. Se detuvo en mitad del dormitorio y trató de serenarse. Había realizado otras expoliaciones más sustanciosas a lo largo de su vida, de modo que no había razón para semejante nerviosismo.

¿O no era sólo nerviosismo lo que experimentaba?

Era como…

Cierto, reflexionó; como si sintiera miedo.

Pero ¿miedo de qué?

Se dijo que tal vez la atmósfera estuviera demasiado cargada. La electricidad de la atmósfera dicen que produce extrañas sensaciones de nerviosismo, inquietud, miedo…

Se acercó a la ventana. Tal vez amenazase tormenta.

Pero no. Allí estaba la luna, blanca sobre un cielo negro sembrado de estrellas parpadeantes.

Se estremeció. Nunca había experimentado tamaña desazón.

En alguna parte un perro emitió un largo aullido. Era el perro de la vieja señora Floyd, seguro. La maldita cotorra, no sabía educar siquiera a su maldito chucho…

El aullido se repitió, pero esta vez se extinguió abruptamente, terminando en un apagado quejido. Después, reinó el silencio.

Simon Dachs cerró la ventana, corrió el pasador de seguridad y se dispuso a acostarse. La luna, penetrando a través de los cristales, creaba un rectángulo que se extendía por el centro de la habitación.

Dachs regresó a la ventana y cerró los sólidos postigos interiores. Tras esto, se desvistió en la oscuridad, deslizándose entre las sábanas con una inquietud inexplicable.

Apenas había apoyado la cabeza en la almohada cuando oyó aquel roce en la planta baja.

Se irguió, tenso.

Aguzó el oído, alarmado, temblando. Ya una vez un ladrón intentó desvalijarlo, claro que entonces era más joven y el ladrón pagó muy caro su intento.

De nuevo le pareció oír un rumor abajo, en el despacho.

Saltó de la cama, helado de espanto. Silenciosamente, corrió al pasillo y por él a las escaleras.

Allá abajo todo era profunda negrura. La puerta del despacho seguía cerrada, tal como la dejara al abandonarlo.

No obstante, una vez más sus sentidos dieron un violento respingo al captar aquel rumor.

Quizá fuera una rata que hubiera penetrado de algún modo…

El viejo avaro descendió las escaleras cautelosamente, tendiendo el oído. Si era un ladrón sería capaz de aplastarlo, como hizo con aquel otro…

Se detuvo junto a la puerta del despacho. Pegó la oreja a la madera, pero le fue imposible oír nada insólito.

—¿Quién anda ahí? —exclamó con voz poco segura.

Ninguna respuesta.

Y de pronto, un jadeo, o por lo menos eso le pareció.

Encendió la luz del vestíbulo, aspiró hondo para darse valor, y con un gesto brusco abrió la puerta de par en par.

La claridad del vestíbulo inundó el despacho, delineando los destartalados muebles, las sillas, todo lo que le era familiar.

Avanzó un paso. Aquella sensación de zozobra le invadió de nuevo.

En aquel instante descubrió la negra forma y sintió que se le paralizaba el corazón.

¿Qué podía ser aquello?

No iba a dejar que le despojaran de lo que era bien suyo. Eso por descontado.

Resueltamente, justo cuando la negra sombra se ponía en movimiento, Simon saltó a un lado y dio vuelta al conmutador de la débil luz que colgaba del techo.

La luz le reveló la horrenda pesadilla brotada del mismo infierno. Una pesadilla como jamás la mente humana imaginara otra igual.

El usurero sintió que le fallaban las piernas, que todo el horror del mundo le envolvía y emitió un espeluznante alarido.

Fue el último grito que salió de su garganta en este mundo.

* * *

La señora Floyd estaba intentando calmar a su pequeño perro cuando oyó aquel lacerante grito.

Se irguió, aterrada.

Detestaba cordialmente a su vecino el señor Dachs, aunque eso no era nada desusado, puesto que todo el mundo detestaba al viejo y desalmado usurero.

No obstante, aquel alarido contenía tal cantidad de horror, tal intensidad de pánico, que cualquiera hubiera pensado que el avaro acababa de ver al mismo diablo.

La señora Floyd apartó a su perrito faldero y caminó cautelosamente hasta el tupido seto que separaba su jardín del otro vecino.

Escuchó, pero el grito no volvió a repetirse. No obstante, sí oyó algunos ruidos muy insólitos, como si alguien derribara los muebles dentro de la casa destartalada del usurero.

Nunca había sucedido nada semejante. Simon Dachs pasaba días enteros sin asomar al exterior, sin dar señales de vida siquiera, encerrado, sin un ruido, sin una voz, contando una y otra vez su dinero, planeando nuevas expoliaciones. Y ahora, de pronto, a semejantes horas de la noche, en la casona resonaba un alarido capaz de helarle la sangre en las venas al más pintado. Y todo eso después de que el pequeño y tranquilo *Butsy* aullaba y temblaba como un azogado…

La mujer se estremeció. Dudó entre encerrarse en su casa y dejar que el viejo se las apañara, o acudir a prestar ayuda si la necesitaba.

¿O sería mejor llamar a la policía?

Tras ella, el lanudo *Butsy* dio un salto atrás y comenzó a gemir, acurrucado como una pequeña bola de lana.

La señora Floyd dio un respingo.

—¿Qué te pasa, pequeñín? —susurró, asustada.

Entonces oyó el chirrido de la puerta de su vecino y ladeó la cabeza.

Una gran sombra apareció, despegándose de la casa y alejándose con un andar vacilante, cauteloso. Una sombra agazapada y siniestra que se fundió de pronto entre la bruma que empezaba a levantarse.

La mujer se arrebujó en la gruesa bata, estremeciéndose de temor, mientras el perrito seguía gimiendo, como si sollozara lleno de incontenible terror.

—¡*Butsy*, queridito…!

Lo tomó en brazos. Todo el cuerpo del pequeño animal temblaba igual que si acabara de salir de un lago helado.

Una racha de viento inesperado y cálido arremolinó la niebla, arrancó quejidos de los árboles y después cesó, dejando sólo un tenso silencio preñado de amenazas que parecían desprenderse de cada sombra, de cada matorral, de la noche entera.

La señora Floyd, con su perrito en brazos, echó a correr hacia su casa castañeteándole los dientes.

Sólo se calmaría cuando llegase la policía.

5

El sargento Disdale se atusó el bigote y miró a la asustada señora Floyd con el ceño fruncido.

—Resumiendo —dijo—. Su perro se asustó y usted creyó ver un fantasma en la casa vecina, en consecuencia decidió llamar a la policía.

—No fue así exactamente, sargento… algo pasó ahí al lado. Mi *Butsy* nunca se había puesto de aquel modo en toda su vida. Estaba aterrado, temblando. Y yo vi salir una sombra furtiva… la sombra de alguien grande y siniestro cubierto por un abrigo o algo así.

—¿Y…?

—Ya le digo que el viejo tacaño había gritado antes, y escuché también ruidos violentos.

Disdale era un hombre corpulento, que llevaba con gran majestad su azul uniforme en el que relucían los botones dorados como pepitas de oro puro.

—Señora Floyd… ¿puede decirme qué hacía usted levantada a esas horas de la madrugada?

—¿Es que no lo comprende aún? Me despertó mi pobre *Butsy* con sus quejidos. Parecía como si le estuvieran matando, el animalito… De modo que me puse la bata y le busqué. No comprendo cómo había logrado salir al jardín, pero allí estaba, temblando, acurrucado, gimiendo.

—Ya veo.

—Me cree, ¿verdad? Le juro que jamás había pasado tanto miedo como esta noche.

—Iremos a dar un vistazo a casa del señor Dachs. La veré de

nuevo después, señora.

—Le esperaré.

El sargento, rezongando entre dientes, salió al exterior donde le aguardaba un joven policía, quien, a juzgar por su actitud, estaba cayéndose de sueño.

—Vamos, Morrison —gruñó—. Daremos un vistazo en casa del viejo. Es capaz de soltarnos un tiro… ese avaro pensará que vamos a quitarle sus tesoros.

—¿Es realmente tan rico como asegura la gente, sargento?

—Supongo que sí, aunque nadie sabe exactamente cuánto dinero tiene. Pero ha arruinado más gente él solo que la depresión del veintinueve.

Entraron en el descuidado jardín del usurero. La luna se ocultó tras una nube y una densa oscuridad se desplomó sobre la tierra cubriéndola con un negro manto funeral.

—¿Ha traído su linterna, Morrison?

—Desde luego, señor.

El agente la desprendió del cinto y dirigió su luz hacia la casa.

Los dos policías dieron un respingo. La puerta estaba abierta de par en par.

—¡Cuernos! —masculló el sargento—. ¿Será cierto que la vieja oyó un alboroto ahí dentro?

Corrieron hacia la entrada. Disdale encontró un conmutador y una sucia bombilla desnuda pendiente del techo iluminó un pequeño *hall*, casi desprovisto de muebles.

Todo parecía estar en perfecto orden. Los dos policías cambiaron una mirada preocupada.

—¡Señor Dachs! —gritó el sargento—. ¿Está usted ahí, señor Dachs?

No hubo respuesta.

Morrison comentó en voz baja:

—¿No nota usted nada, señor?

—¿Qué cosa?

—No lo sé, señor.

Se estremeció violentamente, arrancando un gruñido de su jefe.

—Daremos una mirada aquí abajo. No estoy muy seguro de que el viejo no nos demande judicialmente si es una falsa alarma.

—Aquí todo está en orden y no se oye nada, señor.

—Veamos esa puerta.

Era la del despacho, a oscuras. Disdale tanteó la pared para encender la luz.

Morrison comentó:

—Aquí se nota todavía más esa extraña tensión, señor. ¿No la advierte usted?

—Es la electricidad de la atmósfera, Morrison, ya debería saberlo. ¡Ah, aquí está el interruptor!

Sonó un chasquido y la luz se encendió.

Ambos policías dieron instintivamente un paso atrás.

A ambos les culebreó por los nervios un terror satánico, un frío súbito y helado que les paralizó.

El joven Morrison musitó, como si rezara:

—¡Santo Dios!

Y volviéndose, salió a trompicones. Su cara estaba verde.

El sargento luchó para dominar a su propio estómago que le golpeaba en la garganta y avanzó dos pasos.

Los muebles aparecían derribados, rotos. Una silla era sólo un montón de astillas. La mesa derribada, había esparcido por todas partes multitud de papeles.

Y todo ello nadaba en sangre y despojos humanos.

El cuerpo del usurero era sólo una piltrafa desgarrada, como despedazada por un loco sádico y diabólico, hecho materialmente pedazos.

Disdale cerró un instante los ojos, incrédulo, estremecido.

Allá fuera oyó vomitar a su subordinado y ni siquiera se extrañó.

Forzó la mirada a permanecer fija en el cuerpo. La cabeza estaba casi separada del tronco por una tremenda desgarradura que partía el cuello en dos. Parte de una mejilla estaba arrancada de cuajo y el único ojo que quedaba en la cara, inmensamente abierto, semejaba una pupila de cristal fija en las llamas del infierno a juzgar por su expresión.

No pudo soportarlo por más tiempo. Dio media vuelta y fue a reunirse con Morrison.

Lo encontró en la puerta de la calle, apoyado en la pared, respirando profunda y dificultosamente. Su cara era una máscara grisácea que apenas tenía semejanza con la suya normal.

—¡Es horrible! —murmuró Morrison.

—Es mucho más que eso.

—Pero ¿quién puede haber cometido esa carnicería, señor?

—Ésa es una buena pregunta.

—Sólo se me ocurre que sea obra de un demente.

—Podremos opinar cuando el doctor haya examinado lo que queda del viejo. Vaya y llámele. La señora Floyd está levantada, esperándonos. Pero no le cuente los detalles. No quiero tener que asistirla a ella también esta noche.

—Muy bien, señor.

Apenas el joven policía hubo partido a buen paso, el sargento dio libertad a su estómago y le imitó, sin avergonzarse siquiera de semejante debilidad.

* * *

El doctor Hamilton apareció procedente del cuarto de baño, restregándose las manos.

—Y bien, doctor.

—Deje que reflexione, sargento. En mi vida había visto cosa parecida.

—Ni yo, por supuesto.

—¿Tiene un cigarrillo?

—Seguro.

Encendieron los dos. El médico aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones.

Estaban en el *hall* pobremente iluminado. Afuera, cerca de la puerta, podían oír los pasos de Morrison, vigilando no sabía bien qué.

—Es sorprendente, sargento —dijo el doctor, de pronto—. Pero no tengo la más mínima idea de qué clase de arma han empleado para ese sucio trabajo.

—¿Cómo?

—¿Le sorprende?

—¡Claro que me sorprende!

—Se sorprendería usted más si le dijera lo que pienso.

—No importa, suéltelo de todos modos, doctor.

—Es una idea demasiado descabellada.

—Incluso así será una idea. Yo no tengo siquiera eso.

—Esas desgarraduras…

—¿Sí?

—Parecen producidas por unos terribles colmillos.

Disdale creyó que había oído mal y jadeó:

—¿Dijo colmillos, doctor?

—Y grandes… como los de un gigantesco animal salvaje.

—¿Quiere burlarse de mí?

—Le aseguro que no, Disdale. Ésa es la impresión que causan esas heridas, esos destrozos. Pero le repito que es sólo una primera impresión que se ampliará en un sentido o en otro cuando pueda examinarlo con más detalle, en el depósito del cementerio. Además, llamaré al doctor Platte, de Wislow, para que me ayude y emita su diagnóstico.

—Pero eso es absurdo… nadie en su sano juicio puede creer semejante cosa, doctor. No hay fieras sueltas en Inglaterra, y menos de un tamaño capaz de hacer eso con un hombre.

—Bueno…

—Además —le interrumpió Disdale, ceñudo—, la señora Floyd vio salir a un hombre, no a una bestia. Y un animal no abre y cierra luces, ni la puerta, que dejó abierta de par en par.

—Está bien, sargento, no la tome conmigo. Yo sólo expuse una idea descabellada, tal como le dije al principio.

—No se le ocurra exponerla fuera de aquí, doctor, o alborotará a todo el pueblo. Ya sabe cómo es la gente en esta región. Quien no cree en trasgos, cree en fantasmas, y quien no, está seguro de que los espíritus de sus antepasados rondan a medianoche espiando por las ventanas. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Por supuesto.

—De modo que diremos sólo que el viejo avaro ha sido asesinado. Por lo menos, de momento nos reservaremos los detalles.

—Me parece muy bien. Pero le espera a usted una tarea de todos los demonios, sargento, porque Simon Dachs atesoró tantos enemigos como dinero. Y enemigos que le odiaban hasta el paroxismo, aunque le temieran al mismo tiempo.

—Ya he pensado en eso también. Y en el sobrino… ese muchacho que vive en Londres y que suele darse una vuelta por aquí todos los veranos. Y se me ocurre que va a heredar mucho

dinero… demasiado dinero a mi entender. Quizá se cansó de esperar.

—Bien pudiera ser. O él, o cualquier desgraciado al que el viejo cuervo hubiera puesto entre la espada y la pared. No le envidio, Disdale. Le espera a usted buena.

De eso, el sargento estaba seguro.

Le hubiera gustado enormemente tener otro trabajo cualquiera en lugar del de policía.

6

Godowsky supo la noticia apenas amanecido.

Había pasado la mayor parte de la noche sentado en la cocina, dormitando a ratos, maldiciendo de vez en cuando al destino que se ensañaba con él, y esperando el amanecer como el condenado a muerte, con el alma en vilo, viendo morir cada minuto, cada segundo, pensando que esa muerte del tiempo le acercaba más y más a su desastre.

En el dormitorio donde estaba su mujer todo era silencio. La arpía tenía ya preparadas sus maletas.

De modo que iba a quedarse solo, en la calle, sin recursos, sin un techo…

Y entonces, un vecino le notificó que el viejo usurero había sido asesinado esa misma noche.

Estupefacto, Godowsky se sintió súbitamente liberado.

Se quedó en el jardín, viendo alejarse al vecino. Miró a su alrededor, a aquel pequeño jardín en el que tantas horas en paz había pasado. La esperanza de no tener que abandonarlo nació en su mente como un chispazo.

Y entonces corrió en busca de su mujer.

—¡Phyllis! —gritó lanzándose escaleras arriba.

Ella estaba vestida como para emprender un viaje. Le miró con inmenso desprecio desde la puerta de su dormitorio.

—¿Ya está aquí el asqueroso cuervo? —dijo, rechinando los dientes.

—¡No, no!

—Entonces, ¿qué diablos te pasa?

—No vendrá. Phyllis… no podrá echarnos.

—Sigues soñando. No hay nada en este mundo capaz de ablandar a ese miserable.

—Sí lo hay, Phyllis… sí lo hay.

—¿Te has vuelto loco?

—La muerte.

Ella casi dio un brinco.

—¿La muerte? ¡Maldito seas, acaba! ¿Quieres decir que Simon Dachs ha muerto?

Él asintió con enérgicos gestos de cabeza.

—Acaba de decírmelo Jimson… esta noche… asesinado.

Ella respiró hondo. Sus ojillos relampaguearon.

—¡Asesinado! El muy cerdo… se lo tenía merecido.

—¿Comprendes lo que eso significa? Ya no podrá echarnos a la calle, Phyllis. ¡No podrá echarnos!

Ella arrugó el ceño.

—De momento no, pero cuando sus herederos revisen la herencia encontrarán la hipoteca.

—Pero no serán tan desalmados como él. Nos darán más tiempo, estoy seguro. Y entretanto encontraré trabajo, ya lo verás.

—Si eso fuera cierto… si no nos arrojasen a la calle…

—Es nuestra oportunidad.

Ella le miró desde su altura, erguida, huesuda. La crispación de su rostro anguloso desapareció y volvió a adquirir su mirada implacable, cargada de desprecio.

—Debiste haberlo hecho tú, Ben.

—¿El qué?

—¡Matarlo!

—¡Phyllis, estás loca!

—¡Debiste matarlo como a un perro! Así me habrías demostrado que eres realmente un hombre.

—¡Asesinarlo! No sabes lo que dices.

—¡Claro que lo sé! Merecía la muerte un millón de veces. Y tú tenías más motivos que nadie para matarlo. Sólo que no lo has hecho, claro. Eres demasiado débil, demasiado fracasado para pelear incluso por lo que es tuyo.

—Por favor, deja de decir barbaridades. Piensa tan sólo en que podemos quedarnos en nuestra casa, Phyllis. Todo lo demás se

arreglará con el tiempo.

—Quizá sí. Pero tú seguirás siendo el mismo, Ben. Un pobre hombre.

Dio media vuelta, rígida como una tabla.

Él musitó:

—¿Adónde vas?

—A deshacer las maletas, naturalmente.

Y le cerró la puerta del dormitorio en las narices.

Poco a poco, Godowsky descendió a la planta baja.

Andaba como en sueños, como el condenado a muerte a quien se indulta cuando ya tenía el nudo corredizo en el cuello.

Entró en la cocina y preparó café. Entonces recordó al perro y la comida que preparó durante la noche. Quizá, con lo sucedido, Phyllis se sintiera lo bastante magnánima como para no arrojarlo de la casa después de todo.

Tomó su café saboreándolo. Luego, con la comida del animal en la mano, se dirigió al cobertizo.

El enorme perro lobo estaba echado de costado sobre los sacos, dormido. Pero abrió los ojos al oír los pasos de Godowsky, le miró un instante y volvió a cerrarlos quedando perfectamente inmóvil.

—Te traigo tu comida, amiguito. Es posible que puedas quedarte aquí, ¿sabes? —dijo alegrándose de oír su propia voz.

El animal emitió un leve gruñido, pero no se movió.

Entonces, Godowsky hizo algunos descubrimientos.

En primer lugar, vio que la pata entablillada había sangrado de nuevo y que las tablillas se habían aflojado.

También vio algunas manchas oscuras alrededor del feroz hocico del animal. Manchas de sangre sin duda.

Se quedó un tanto preocupado, porque aquella sangre tanto podía proceder de la pata herida, como de alguna gallina que el perro hubiera cazado durante la noche. Eso podía traerle disgustos con el vecindario si se repetía.

Le acarició la cabeza y empezó a recomponer las tablillas, incapaz de preocuparse por otra cosa que no fuera su buena suerte.

* * *

El sobrino de Simon Dachs se llamaba Jason Browne. Llegó a última hora de la tarde en el tren de Londres, nervioso y un tanto excitado.

El sargento Disdale, que había tenido todo el día para reflexionar, estaba tan perplejo como cuando descubrió el cadáver. No obstante mostró su tradicional amabilidad con aquel hombre joven al que conocía por haberlo visto alguna que otra vez, en el verano.

—Siéntese, señor Browne. Lamento que haya debido venir por un motivo tan terrible.

—Todo lo que sé es que mi tío fue asesinado. ¿Es cierto?

—Por desgracia, sí. Le mataron anoche.

Jason tendría unos veinticinco años, era alto y de hombros poderosos. Sus correctas facciones, agradables y enérgicas, se crisparon un momento.

—Lo siento —murmuró—. No simpatizábamos mucho el viejo y yo, pero morir así…

—Supongo que no lo vería usted desde que estuvo aquí el año pasado.

—En efecto. Y lo habría vuelto a ver el mes próximo, como de costumbre. ¿Saben ya quién lo mató?

—Todavía no, señor Browne, pero estamos investigando activamente.

—¿Tan activamente como para pedir a la policía de Londres informes sobre mí?

Disdale desvió la mirada.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque hicieron averiguaciones sobre cómo empleé el tiempo la noche pasada. Londres está cerca de aquí.

—Bien, comprenda que es la rutina en estos casos.

—Comprobar las coartadas de los sospechosos. Le comprendo, pero la cosa va a complicarse un poco, sargento.

—Lo sé. He recibido por teléfono el informe del Yard. Usted no tiene coartada alguna, y con los trenes nocturnos pudo usted venir y marcharse con tiempo suficiente para estar en su estudio por la mañana.

—Sólo que no lo hice.

—Bueno, entonces dígame qué hizo.

El joven sacudió la cabeza de un lado a otro, sonriendo.

—Pasé buena parte de la noche con una muchacha, eso es todo.

—Debe comprender que esa vaga excusa no sirve en una investigación por asesinato.

—Deberá servir, por lo menos hasta que yo haya podido hablar con ella.

Disdale le observó fijamente unos instantes.

De pronto dijo:

—¿Tiene usted problemas económicos, señor Browne?

—Directo al grano, ¿eh? Bien, los tengo, por supuesto. Todos los artistas jóvenes pasan tiempos difíciles y yo no soy una excepción. Mis cuadros no se cotizan todavía en las grandes salas de arte.

—De modo que la herencia de su tío le sacará de apuros, creo yo.

—Puede expresarlo así.

—¿Me permite decirle que no parece usted muy afectado por lo sucedido con su tío?

—Y no lo estoy. Por lo menos, no excesivamente. Él me despreciaba cordialmente, si sabe lo que quiero decir. Yo no servía para amasar dinero según su punto de vista, y todo lo que no fuera dinero no significaba nada para mi tío Simon.

—¿Y usted?

—No comprendo.

—¿También usted le despreciaba a él?

—No exactamente. Más bien le compadecía. Era un desgraciado que no había vivido un solo día en toda su vida. ¿Comprende?

—Creo que sí.

—Supongo que seguiré siendo el principal sospechoso hasta que descubran al culpable.

—Por lo menos, seguirá siendo sospechoso hasta que nos pruebe usted el empleo de su tiempo durante la noche pasada.

Jason sonrió. Encendió un cigarrillo y dijo de buen humor:

—Le agradezco su franqueza, sargento.

Sonó el teléfono de tubo que colgaba de la pared. Disdale se disculpó y descolgándolo dijo:

—Sargento Disdale, hable. ¿Cómo? Oh, sí, escucho…

Hubo unos largos minutos de silencio, en los que el sargento sólo emitió algunos gruñidos de asentimiento.

Al fin, con un suspiro, dijo:

—Comprendo, superintendente, muy agradecido. En caso de necesidad no dudaré en solicitar su ayuda de nuevo.

Colgó, pensativo.

Jason apuró el cigarrillo y lo aplastó en un cenicero.

De pronto, Disdale preguntó como si la cosa apenas tuviera importancia:

—Dígame, señor Browne. ¿Qué traje llevaba usted anoche, de qué color era, de qué clase de tejido?

El pintor enarcó las cejas.

—Era un traje marrón, desde luego —murmuró—. Marrón con una raya muy fina, blanca. En cuanto al tejido, cuando lo compré me aseguraron que era pura lana. Por lo menos, lo pagué como lana —terminó, sonriendo.

El sargento asintió, con el ceño fruncido.

—¿Está seguro que no cambió de traje a ninguna hora, durante la noche?

—Por supuesto que estoy seguro. ¿A qué viene todo esto, sí no es secreto de estado?

—Bien, voy a ser enteramente sincero con usted. Su tío fue asesinado con una ferocidad inaudita. Ya sabrá los detalles más tarde, cuando realice el trámite de identificación formal. Lo que sí quiero decirle ahora es que el asesino, sin ninguna duda, debió mancharse de sangre. Pisoteó el suelo encharcado de sangre y es seguro que sobre sus ropas debió acumularse una buena parte.

—¿Y…?

—La policía del Yard ha entrado en su estudio después de su marcha. Naturalmente, provistos de un mandato judicial. Han examinado cada una de sus prendas de ropa, especialmente el traje marrón con una raya muy fina que estaba tirado sobre una silla. También se han ocupado de sus pares de zapatos.

Jason suspiró, irónico:

—Ya veo. No creo que hayan encontrado una sola mancha de sangre en ninguna parte. Hace ya tiempo que no descuartizo a nadie.

—No bromee, señor Browne. No encontraron nada sospechoso, pero sigue usted careciendo de una buena coartada.

—Le aseguro que no lo tomo a broma, pero mi carácter es así.

Pero jamás me preocupo por anticipado de lo que puede venir. Acláreme una cosa si no le importa, sargento. ¿Qué es eso de que fue asesinado con ferocidad, cómo lo hicieron?

—No lo sabemos todavía. Lo cierto es que resultó bastante… digamos destrozado.

—¿Destrozado? —repitió Jason, estupefacto.

—Ya lo verá.

Disdale se levantó cansadamente.

El pintor le imitó, indagando al mismo tiempo:

—¿Estoy aún bajo sospecha?

—Realmente, es usted el único sospechoso que tenemos por el momento. Acompáñeme, si no tiene usted nada más urgente que hacer.

—¿Adónde?

—Hablaremos con una dama muy asustada. O quizá sería mejor decir que el que está terriblemente asustado es su perrillo faldero.

Perplejo, el pintor le siguió un tanto preocupado por el cariz que estaban tomando las cosas.

En realidad, no entendía nada en absoluto, sólo que en cualquier momento la policía podía acusarle nada menos que de un asesinato.

7

El crepúsculo dejó paso a la noche. Las sombras descendieron sobre la población, justo cuando empezaban a correr inquietantes rumores entre el vecindario. De alguna forma se habían filtrado los detalles de la muerte del viejo usurero y quien más y quien menos empezaba a notar incontenibles escalofríos de terror.

En medio de las sombras llegaron el sargento y Jason Browne al jardín de la señora Floyd. Brillaban las luces en las ventanas de la casa, en contraste con la impenetrable negrura de la que perteneciera al viejo Simon.

—¿Conoce usted a la señora Floyd, Browne?

—He hablado con ella un par de veces en mis visitas a mi tío. ¿Qué relación…?

—Fue ella quien nos avisó, anoche. Vamos.

La mujer les franqueó la entrada, evidentemente inquieta.

—Entren… siéntense, sargento. ¡Pero si es el joven señor Browne! ¿Cómo está usted, muchacho?

—Bien, ¿y usted, señora?

—Fue horrible… y les aseguro que mi pobre *Butsy* todavía no se ha recobrado del miedo que pasó.

Les guió al salón cuya ventana daba al jardín y tomaron asiento donde ella les indicó.

Disdale comentó:

—No me explico el miedo de su simpático perrito, señora Floyd. Según el relato que usted hizo anoche, el pobre animal no estuvo en ningún momento en peligro.

—Desde luego que no… pero algo debió aterrorizarlo que…

Esperen —se levantó, acercándose a la puerta—. ¡*Butsy*, cariñito, ven aquí!

Esperaron. Ella llamó algunas veces más hasta que el pequeño animal apareció, receloso, con el rabo entre las piernas y las orejas gachas.

La anciana solterona lo tomó en brazos y fue a sentarse de nuevo.

—Mírenlo, sargento. Era el perrito más alegre y cariñoso que usted haya conocido nunca. Y ahora, ya lo ve. Desde anoche no abandona esta actitud. Se pasa las horas acurrucado en un rincón y no se mueve siquiera. No ha probado bocado en todo el día. ¿Les parece natural lo que está haciendo mi pequeño *Butsy*?

Disdale, que se había quitado su impecable gorra, se rascó el cogote, perplejo.

—Es raro, desde luego —comentó—. No cabe duda que este animal está muy asustado, pero… ¿de qué?

No hubo respuesta.

Al cabo de unos instantes, tras encogerse de hombros como apartando de sí un problema del que no le incumbía nada, volvió a lo que sí le preocupaba.

—Señora Floyd… necesito que reflexione usted detenidamente sobre lo que vio anoche. Todo lo que vio.

—Ya le dije que…

—Lo sé, recuerdo lo que me dijo. Pero quiero que se concentre en el hombre que vio salir de la casa del señor Dachs. ¿Comprende? Trate de recordarlo con detalle. ¿Cómo era? Ya sabe: estatura, corpulencia, ese abrigo que dijo usted que llevaba, a pesar de que el tiempo es ya caluroso. Todo —terminó con un expresivo ademán.

Ella se echó atrás, arrugando el entrecejo.

—No fue más que una silueta oscura, sargento… y se perdió pronto entre la niebla que entonces empezaba a levantarse. Pero yo diría que era un hombre muy alto, corpulento, aunque andaba un poco agachado.

—¿Llevaba algo en la cabeza, sombrero, gorra, algo?

—Pues… no puedo asegurarlo, pero yo diría que sí. Me parece que su cabeza estaba cubierta, aunque no sé con qué. Fue una visión demasiado fugaz.

—Inténtelo, por favor. Concéntrese en sus movimientos.

¿Gesticulaba, llevaba algo en las manos, por ejemplo?

—No vi sus manos… creo. No obstante recuerdo que hubo algo que no era normal.

—Adelante, señora, por favor.

Ella asintió con un gesto.

—Cojeaba —dijo de pronto—. Al andar me pareció que cojeaba.

Disdale dio un respingo.

—Eso puede ser muy importante, desde luego. ¿Nada más?

—El abrigo; me pareció que era grueso, pero nada más.

—Eso resulta sorprendente, porque anoche disfrutamos de una temperatura primaveral. ¿O quizá no era un abrigo?

—No podría asegurarlo, naturalmente.

—¿Pudo ser una especie de capa?

—¿Cree que hay alguien en el pueblo que utilice capa en estos tiempos, sargento?

—No habitualmente. Pero pudo llevarla para que no se le manchara el traje con la sangre de su víctima.

La pobre solterona dejó escapar un grito y palideció.

—¡Sargento! —protestó.

—Discúlpeme. Pero ¿pudo ser una capa?

—No lo creo.

Disdale hizo un gesto de contrariedad. Luego, como si la cosa acabara de ocurrírsele en aquel momento, dijo:

—Veamos. ¿Quiere levantarse, señor Browne, por favor?

Jason obedeció irguiéndose.

—¿Y ahora qué? —dijo.

—Señora Floyd. ¿Le parece que el hombre que vio usted era más o menos de esta estatura y corpulencia? Oh, no quiero decir que fuera nuestro joven amigo, le tomo únicamente como ejemplo. ¿Le parece que…?

Ella observó al pintor con ojo crítico.

Jason sonrió, un tanto divertido.

—No, me parece que no —musitó la buena mujer.

—¿Era más bajo? Recuerde que según usted andaba un tanto agazapado.

—Incluso así… era más corpulento que el señor Browne, estoy casi segura.

—Está bien, creo que eso es todo, señora Floyd. Si acaso

recuerda usted algún otro detalle no deje de comunicármelo.

El sargento se levantó, ceñudo.

Jason comentó:

—Es usted un zorro, sargento, pero esta vez se ha pasado de listo.

—Sí, eso creo.

Se despidieron de la dueña de la casa. El perrito se quedó en el salón, acurrucado, hecho una bola bajo un sillón.

En la acera, Jason encendió un cigarrillo.

—Debió advertirme que me traía para tratar de que esa mujer me identificase. No tengo nada que oponer a todas sus argucias, pero por lo menos avíseme.

—Lo recordaré. ¿Dónde va a alojarse usted?

—En la fonda, por supuesto. No me seduce pasar la noche en ese destartalado caserón.

—No obstante, habrá de hacerse cargo de él. Es usted el único heredero, que sepamos.

—Ciertamente. Tan pronto el juez me autorice, me encerraré ahí dentro para examinar los papeles de mi tío. Me espera una buena tarea.

—Me gustaría hacerle una pregunta.

—¿Sí?

—Su tío estaba exprimiendo a más de un vecino del pueblo. No le descubro nada si le digo que extraoficialmente, todos sabíamos que era un usurero desalmado. ¿Qué hará usted ahora con las deudas que haya pendientes?

—Cancelarlas, supongo. No quiero complicarle la vida a nadie. Yo pinto cuadros, sargento, no arruino a nadie.

Disdale suspiró.

—Me alegra mucho oírle decir eso, señor Browne. Ahora, sólo falta que pruebe usted su coartada de anoche y me sentiré inclinado a descartarlo por completo de mi existente lista de sospechosos.

—Le repito que hasta que hable con la muchacha en cuestión no podré concretar nada. Sería una infamia comprometerla sin su consentimiento previo.

—Si ella le quiere no opondrá dificultad, supongo yo.

—Me quiere… y yo a ella, por supuesto.

—Entonces…

—Es inútil que insista.

Echaron a andar en silencio por la oscura calle. Cuando estaban cerca de la división policial, Jason se detuvo:

—Estaré en la fonda si me necesita. ¿Todavía venden los periódicos de Londres en la plaza?

—Naturalmente. Le veré mañana y habrá usted de verificar la identificación oficial.

—De acuerdo.

Siguió su camino, solo, pensativo y preocupado.

Los periódicos de Londres publicaban la noticia del extraño asesinato… y su propio nombre, detallando la circunstancia de que la policía se interesaba por él a causa de que no había podido presentar una coartada convincente.

Maldiciendo a los reporteros, arrojó el diario a una papelera y se encaminó resueltamente a la única fonda de la población.

8

Godowsky llenó la fuente de metal con la parca comida destinada al perro y se deslizó fuera de la cocina.

—¿Adónde vas a estas horas?

Se detuvo en seco.

Su mujer había aparecido como un fantasma, procedente de un ángulo de la casa.

—Esto… es un poco de comida para el perro.

—¿Todavía no lo has echado de aquí?

—Aún no. Está herido, ya sabes. Se rompió una pata y…

—¡Me importa un comino lo que tenga roto! Apenas podemos mantenernos nosotros y vamos a desperdiciar nuestra comida para una maldita bestia que no sirve para nada. ¡Échalo del cobertizo!

El pobre Godowsky se estremeció.

—Cuando pueda valerse —empezó.

Pero ella gruñó, interrumpiéndole:

—¡Nada de excusas! Esta noche y no se hable más.

El hombrecillo se irguió. En su fuero interno le hizo el efecto de que se agigantaba ante sus propios ojos.

—No lo haré —murmuró.

—¿Qué dices?

—El perro se quedará aquí, Phyllis —su voz resonó de pronto con una firmeza como ella no le oyera jamás—. Lo cuidaré hasta que esté curado.

—¿Cómo te atreves? ¡Te digo que lo eches del cobertizo o lo haré yo!

—Tú no harás nada de eso. Te repito que el perro se quedará en

esta casa hasta que yo lo disponga.

Dio media vuelta y se alejó hacia el cobertizo.

La mujer se quedó boquiabierta. Era la primera vez que Ben se atrevía a contradecirla, a desafiarla.

Reaccionó de pronto, furiosa, y casi echó a correr tras él.

—¡Espera un momento, gran hombre! —chilló.

Ben se detuvo en la entrada del cobertizo, volviéndose, rígido.

—¡Te dije que echaras a ese apestoso animal y lo harás! ¿Me oyes? Más te hubiera valido emplear esta falsa firmeza con el viejo cuervo que iba a echarte de tu propia casa. Pero conmigo no te sirve, porque…

Un bronco gruñido brotó de la negra oscuridad del cobertizo.

Fue un rugido que retumbó sordamente y cortó la perorata de la arpía.

Un instante después, el perrazo surgió como una aparición, los colmillos descubiertos, chispeando en la penumbra como puntas de cuchillo.

Godowsky sintió un helado espanto recorrerle la nuca. El perro se quedó allí, agazapado, fijas sus diabólicas pupilas en la mujer, los terribles colmillos descubiertos, siniestros, amenazadores.

—¿Te das cuenta? Es una mala bestia —balbució Phyllis.

Pero dio media vuelta y se alejó apresuradamente.

Instantáneamente, el animal se apaciguó, retrocediendo hasta su yacija de sacos.

Ben le acercó la comida y murmuró:

—¡Diablo, amigo! Me asustaste. Pero lo bueno es que la asustaste a ella también. Y es la primera vez que eso sucede, ¿sabes? Creo que vas a quedarte mucho tiempo.

Le acarició la enorme cabezota y contempló unos instantes al ahora silencioso perro lobo. Después, cabizbajo, regresó a la casa asombrado profundamente de su propio atrevimiento al plantar cara a su mujer por primera vez en toda su vida.

Era tan asombroso que se le antojó casi un milagro.

* * *

La muchacha descendió del tren y miró a su alrededor con cierto

desconcierto.

Llevaba sólo un pequeño neceser de viaje en la mano, y era tan hermosa que los viajeros que la rebasaban al salir de la estación no podían evitar girar la cabeza para asegurarse de que no soñaban.

Caminó indecisa hasta la plazoleta del otro lado de la estación y volvió a contemplar el pueblo, completamente desconocido para ella.

Cuando se dio cuenta se había quedado sola, la oscuridad de la calle que se abría al otro lado de la plazoleta la inquietó.

Sacó un pedazo de papel del bolso y consultó unas señas. Tras esto, atravesó la plazoleta y anduvo sin mucha determinación por aquella calle cuya iluminación dejaba mucho que desear.

En una esquina vio la silueta de dos hombres, hablando animadamente. Se dirigió a ellos, que se volvieron sorprendidos al verla.

—Disculpen, busco la calle Haddon.

—Es usted forastera, por supuesto —comentó uno de los dos.

—Acabo de llegar. ¿Podrían orientarme, por favor?

Los hombres cambiaron una mirada. Luego, uno de ellos le detalló la situación de la calle. Se despidió con un murmullo, sintiendo sobre sus espaldas las miradas procaces de los interesados ciudadanos.

Estaba acostumbrada a ello de todos modos, puesto que en las aceras de Londres los hombres, jóvenes y viejos, solían demostrar un personalísimo interés por sus visibles encantos.

No encontró dificultad alguna en localizar la calle, pero cuando llegó a ella se sentía un tanto fatigada. Se detuvo y en la penumbra intentó leer los números de las casas, separadas unas de otras por bien cuidados jardincitos.

Un minuto después siguió por la acera, presa de incertidumbre porque no dejaba de comprender lo aventurado de su decisión.

Cuando volvió a detenerse estaba ante la oscura y siniestra casa de Simon Dachs.

Se quedó allí, mirando la negra masa del edificio, sin una sola luz. Desalentada, suspiró reprochándose por haber cedido a su impulso.

Vio que había luz, no obstante, en la casa vecina. Titubeó, porque no sabía cómo explicar su presencia allí ni el interés que la

llevaba a una casa donde se había asesinado a un hombre.

De pronto se le ocurrió que era posible que él estuviera dentro. Debía haberse alojado en la casa, como de costumbre. Nuevamente esperanzada, se internó por el oscuro jardín y llegó a la puerta.

De nuevo su incipiente esperanza se esfumó al descubrir los precintos policiales en la puerta. No le quedaba más solución que indagar.

Antes que pudiera moverse escuchó el arrastrar pesado de unos pies a un lado del jardín. Después, los pies troncharon brutalmente un macizo de flores y el chasquido de las ramas sonó lúgubre en el silencio y la oscuridad.

La muchacha contuvo el aliento y se apretó contra la pared.

Los pasos se dirigían al seto recortado que dividía los dos jardines. Ella alargó el cuello y sólo distinguió una gran sombra, detenida ahora junto al seto.

Se le antojó que era una sombra furtiva, alguien que se movía al acecho, como una amenaza.

De pronto, en la casa vecina se escuchó el agudo quejido de un perro. Después, una sucesión de asustados ladridos que se extinguieron con un apagado aullido, como si de repente el animalito se hubiese quedado sin voz.

Todo aquello resultaba muy extraño y la muchacha sintió un agudo frío penetrable hasta la médula de los huesos.

Deseaba echar a correr, alejarse de aquella oscuridad amenazadora, perderse en la noche y encontrar pronto el refugio de los brazos del hombre que había venido a buscar.

Pero estaba aquella sombra inquietante, inmóvil junto al seto.

Aguzó la mirada. No se había equivocado, el hombre continuaba allí, tan inmóvil como una figura de piedra, acechando las ventanas iluminadas de la casa vecina.

Por alguna extraña razón que la muchacha no hubiera sabido explicar, sintió terribles deseos de empezar a gritar. La siniestra inmovilidad del desconocido contenía tal carga de amenaza que ponía espeluznantes escalofríos en la piel.

Apretó los dientes para dominarse.

Entonces, la sombra se movió. Debía tratarse de alguien muy corpulento… y a pesar de la templada noche parecía cubrirse con un grueso abrigo.

Le vio atravesar el seto, tronchándolo sin vacilar, y desaparecer al otro lado.

La muchacha titubeó. Ahora tenía la oportunidad de echar a correr y desentenderse de algo que no le incumbía.

No obstante, no lo hizo.

Era algo inexplicable lo que le sucedía en aquellos fugaces y terribles instantes. Una vocecita en su interior le ordenaba alejarse, huir. No le cabía ninguna duda que aquella sombra que viera llevaba malvados propósitos al moverse de aquel modo, acechando en la oscuridad, destrozando cuanto pisaba, igual que complaciéndose en causar daño por el simple placer de hacerlo.

La muchacha se movió, pero no para huir, sino aproximándose despacio al seto tronchado por el intruso.

Era como la atracción de un abismo, como si sintiera la atracción del terrible vértigo ante el precipicio y no pudiera sustraerse a él.

Cautelosamente, llegó a donde se detuviera el desconocido. El grueso tronco de uno de los arbustos del seto estaba tronchado como si no hubiera sido más duro que una simple caña.

La muchacha dejó la maleta en el suelo y se irguió.

Pudo ver la mancha oscura del intruso ahora agazapado no lejos de la esquina de la casa.

Ella aguardó unos instantes, y de pronto la sombra ya no estaba allí. Había desaparecido como engullida por el infierno. La muchacha tardó unos segundos en comprender que aquello no tenía nada de sobrenatural, sino simplemente que el desconocido había doblado la esquina para dirigirse a la puerta principal de la casa.

Atravesó también el seto. El aire parecía cargado de tensión, como esa electrizante tensión que impregna la atmósfera cuando se avecina una gran tormenta.

No obstante, el cielo estaba estrellado y la luna que empezaba a levantarse, era clara y limpia allá arriba.

La muchacha avanzó por el jardín cuidando de no producir ningún ruido. Se pegó a la pared, deslizándose de costado hacia la esquina y una vez allí atisbó con infinitas precauciones. Estaba dispuesta a gritar, advirtiendo a los moradores de la casa, si el intruso trataba de forzar la puerta.

Lo vio, confusa mancha en la oscuridad, cerca de la entrada,

parado delante de una ventana cerrada y oscura.

Quizá intentaba penetrar por la ventana.

La muchacha contuvo la respiración.

Dentro de la casa, apagada, captó la voz de una mujer hablando con mimo, como sí se dirigiera a un chiquillo. Después, la luz de una ventana se apagó.

El intruso seguía allí, agazapado, como si pudiera ver a través de la oscuridad de aquella ventana cerrada.

Y entonces, la ventana se iluminó y un chorro de luz se desbordó por ella alumbrando el exterior.

Alumbrando al intruso cuando éste se irguió bruscamente.

La muchacha creyó volverse loca. Creyó que de pronto había penetrado en las regiones tenebrosas del infierno y que la horrenda visión que se le revelada era el producto de esas pesadillas.

Se llevó las manos a la boca para sofocar el grito. Sin darse cuenta de lo que hacía, se mordió los puños, ahogando el alarido que pugnaba por escapársele, por vibrar en la noche… por delatarla.

9

Era más corpulento que cualquier hombre. Su cuerpo hercúleo le pareció a la muchacha cubierto de hirsutos pelos y la cabeza, de una increíble ferocidad, facciones aplastadas y ojos fosforescentes, mostraba unas fauces contraídas que dejaban al descubierto largos y afilados colmillos que despedían destellos al herirlos la luz de la ventana.

El monstruo volteó un brazo y la ventana estalló en pedazos con estrépito.

Dentro sonó un horrendo alarido de espanto. La muchacha había cerrado los ojos como para escapar a aquel espanto. Cuando los abrió, la satánica criatura ya no estaba allí, pero en la casa resonaban terribles quejidos, gritos inarticulados y el inconfundible estampido de los muebles astillados, estrellados contra las paredes como simples juguetes.

La muchacha salió de su paralizante terror y echó a correr atropelladamente, a trompicones, cayendo, arrastrándose, levantándose y sollozando histéricamente hasta que se desplomó en el boquete del seto por donde había penetrado al jardín.

Se levantó completamente enajenada por el espanto. Instintivamente, atrapó el neceser que abandonara y siguió corriendo hasta la calle, y ya en ella, con el pánico impulsándola, huyó sin rumbo, sólo ansiando alejarse, hundirse en las profundidades de la noche para enterrar en el olvido negro de la inconsciencia aquello horrendo que se había materializado como una pesadilla del infierno.

Ciega para todo lo que no fuera huir, no vio la recia figura

plantada en mitad de la acera. No la vio hasta que se estrelló contra ella y unos brazos recios y duros la sujetaron violentamente.

Enloquecida, chilló y se debatió sintiendo cómo todo su mundo se hundía en el abismo insondable de la demencia.

—¡Quieta, muchacha, cálmese! —exclamó una voz seca.

Aún luchó unos instantes más. Luego, las fuerzas la abandonaron y se desplomó como si de repente le hubieran cortado las piernas.

El policía intentó sostenerla tal como la tenía sujeta, pero el hermoso cuerpo se le escapó de las manos deslizándose a sus pies.

Morrison soltó un juramento e inclinándose la levantó en brazos. Intentó apoderarse también del pequeño maletín, pero al fin lo dejó allí y miró apurado a su alrededor.

Al otro lado de la calle había luz en una ventana. Caminó apresuradamente, emocionado a su pesar por el cálido contacto de aquel cuerpo caliente y suave en sus manos. Aporreó la puerta con el pie hasta que un hombre apareció en el umbral, sorprendido por la aparición.

—Por favor, ¿tienen teléfono? —exclamó el agente.

—Sí… pase. ¿Qué ha sucedido?

—Eso me gustaría saber a mí. Escuche, en la otra acera ha quedado una valija y el bolso de esta señorita…

—Iré a recogerlo.

Una mujer de mediana edad salió del interior de la casa y se quedó también boquiabierta al ver la escena.

Cuando Morrison pudo librarse de su hermosa carga no estaba muy seguro de que todo aquello fuera real.

—Trate de reanimarla, señora… he de… este… he de pedir ayuda.

La muchacha, tendida sobre un diván, tenía las ropas revueltas y los muslos de piel suave y dorada al descubierto. La mujer la cubrió lo mejor que pudo para desencanto del joven policía.

Éste comunicó con la delegación de guardia y notificó lo sucedido.

—La mujer necesita ayuda, un médico urgente —dijo atropelladamente—. Cuando ha chocado conmigo estaba tan aterrorizada que parecía haberse vuelto loca… ¿Cómo? —Escuchó unos instantes—. Muy bien, esperaré aquí, en el número once de Canal Street.

Colgó. La mujer sostenía la cabeza de la muchacha y trataba de hacerle beber unos sorbos de licor.

—¿Dónde la ha encontrado usted, agente? —preguntó la dueña de la casa.

—Más bien ella me ha encontrado a mí. Corría como si la persiguiera el mismo Satanás y se ha estrellado contra mí, casi tirándome de espaldas. Se ha puesto a gritar y a golpearme… no sé qué se imaginó. Luego, de pronto, ha perdido el conocimiento.

El hombre que saliera en busca de la maleta y el bolso regresó, intrigado, de modo que Morrison hubo de repetir su historia.

Todos miraban a la muchacha perplejos, rebosantes de curiosidad por cuanto era de una belleza tan exquisita, tan perfecta, que producía una inefable ternura viéndola allí desvalida, indefensa, inconsciente.

Morrison tomó el bolso y lo abrió.

—Veamos quién es. Por descontado, forastera porque si residiera en Gladstone la hubiera visto alguna vez.

Sacó algunos papeles hasta encontrar los documentos. Leyó con voz contenida:

—Cristine Lange… profesión, escultora, con residencia en Londres.

—¿Qué estaría haciendo en nuestras calles a estas horas de la noche? —murmuró la dueña de la casa.

—Tal vez se extravió. A juzgar por la maleta acababa de llegar. Veamos, aquí hay una nota escrita a mano… calle Haddon, siete dos… Haddon setenta y dos. Probablemente buscaba esa dirección y…

La voz de Morrison se extinguió con una especie de quejido agónico y sus ojos se desorbitaron.

El hombre, frente a él, cayó en la cuenta al mismo tiempo.

—¡Haddon setenta y dos! —exclamó—. La casa del usurero.

Morrison asintió con un gesto y desvió la mirada de nuevo hacia la desvanecida muchacha.

—Creo… creo que voy a llamar al sargento —balbució encaminándose otra vez hacia el teléfono.

* * *

El sargento Disdale se había acostado apenas media hora antes y recién acababa de sumergirse en el sueño, cuando el timbre del teléfono le hizo dar un salto:

Masculló una sonora maldición. A su lado, la voz soñolienta de su esposa le reprochó:

—¡Marty, ya sabes que no me gustan esas expresiones!

Refunfuñando, Disdale saltó de la cama y corrió a la salita, donde el teléfono adosado a la pared seguía escandalizando.

—¡Está bien, está bien, Disdale al habla! ¿Cómo? Sí, sí, comuníqueme, naturalmente. De todos modos ya me han sacado de la cama.

Hubo una serie de chasquidos mientras la telefonista de servicio establecía la comunicación con su propia oficina. Entonces lo que le dijeron le quitó definitivamente el sueño.

—¡Ordenen al agente Morrison que no se aparte de esa mujer hasta que yo llegue allí! ¿Quiere repetirme las señas, por favor? Gracias.

Colgó y echó a correr hacia el dormitorio despojándose del pijama por el camino, con lo cual escandalizó otra vez a su paciente esposa, que le obsequió con una catarata de reproches.

Las recriminaciones continuaban resonando en la casa cuando el sargento ya trotaba rumbo a la puerta, abrochándose los pantalones y llevando la gorra y la guerrera bajo el brazo.

Acabó de vestirse correctamente en la calle. Titubeó unos instantes porque su mente se debatía en una encrucijada. Y en esta encrucijada palpitaba una corazonada que le llevó directamente a la pensión donde se alojaba el joven heredero del difunto Simon Dachs.

Su abrupta entrada en el establecimiento provocó un alarmado revuelo, por cuanto Jason Browne se hallaba en el bar con una gran cerveza ante él, discutiendo de arte con el propietario.

Y a semejantes horas de la noche, la ley prohibía tajantemente la venta de bebidas alcohólicas.

—¡Pensé que estaría acostado ya, muchacho! —jadeó el sargento.

—Siéntese. No, soy un pájaro noctámbulo, ya sabe. Y no se fije en la cerveza. La culpa es mía.

—¡Al diablo con la cerveza! Venga conmigo, Browne.

—¿Qué pasa ahora?
—Quiero que vea a cierta persona.
—Bueno, quedamos que la identificación se realizaría mañana, sargento.
—¡Qué identificación ni que…! —soltó un bufido, impaciente y repitió—: Vámonos.
Jason apuró la cerveza y siguió a Disdale al trote.
Todos sus intentos para arrancarle una palabra durante el camino resultaron vanos.
—Muy bien —capituló al fin—, guárdese el secreto para usted solo si eso le divierte.
—Si es lo que imagino supongo que también le divertirá a usted. Ahí es.
La puerta de la casa se abrió sin necesidad de que llamaran a la puerta siquiera. El hombre que les recibió estaba pálido y macilento y apenas si acertó a tartamudear un breve saludo.
—¿Dónde está? —Quiso saber el sargento.
—Síganme.
Morrison esbozó un desangelado saludo cuando su jefe se plantó ante él.
—¿Y esa mujer, Morrison?
—Recobró el conocimiento, pero sufre un espantoso *shock* nervioso, según el doctor. La han acostado y lo que dice es como para preocupar a cualquiera, señor.
—Quiero verla. ¿Está el doctor Hamilton con ella?
—Sí, arriba… la primera puerta del descansillo.
—Sígame, Browne.
El médico apareció cuando llegaban al final de las escaleras, cerrándoles el paso.
—Un momento, Disdale.
—¿Cómo está ella, doctor?
—Le he aplicado un fuerte sedante. No había manera humana de calmarla. ¡Cristo, parecía haber visto al mismo diablo! Aunque, sí lo que cuenta fuera cierto yo diría que lo vio.
—Oiga, ¿le importaría hablar en cristiano? Maldito si le entiendo una palabra. ¿Qué es lo que cuenta?
—Podrá escucharlo usted mismo. Lo malo es que lo han escuchado también los dueños de esta casa y creo que no se

quitarán el pánico de encima en mucho tiempo.

—¿Está consciente ahora?

—Flotando —sonrió el médico—. El sedante empieza a hacer efecto.

Disdale abrió la puerta y asomó la cabeza. Vio a una mujer con el rostro desencajado sentada al lado de una cama en la que descansaba una muchacha de asombrosa belleza.

Entró, seguido de Jason. Éste, intrigado, miró por encima de su hombro. Dio un brinco y exclamó:

—¡Cristine!

Disdale suspiró.

—Ajá —murmuró—. Lo imaginaba.

El pintor se precipitó hacía la muchacha, cuyos ojos cerrados se abrieron con dificultad.

—¡Jason! —musitó—. ¡Santo Dios, Jason…!

Él le tomó las manos, inclinándose sobre ella. La besó profundamente en la boca y dijo:

—Estoy aquí, querida mía… sea lo que sea que te ha ocurrido, ya no tienes nada que temer.

—Tú no sabes…

—Tranquilízate.

Volvió a besarla. Cuando se irguió, la muchacha descansaba respirando plácidamente.

—Se ha dormido —susurró la mujer.

Disdale hubiera deseado interrogarla de inmediato, pero hubo de resignarse y salió de la habitación llevándose a la mujer y a Jason Browne.

Una vez reunidos abajo, gruñó:

—Está bien, Morrison, explíquese.

El agente relató una vez más como se había producido su sorprendente encuentro con la muchacha y cómo había encontrado aquel papel con las señas del usurero en el bolso.

Jason exclamó:

—¡Debió pensar que yo me alojaba allí, como siempre!

—Cállese, ¿quiere? Siga, Morrison.

—Lo malo vino después, cuando recobró el conocimiento gracias a las atenciones del doctor Hamilton. Cuando abrió los ojos dio tal salto que entre el doctor y yo apenas pudimos sujetarla. Tardó

cierto tiempo en darse cuenta del lugar en donde se hallaba. Entonces nos miró con los ojos desorbitados y…

—Y comenzó a decir incoherencias —terció el médico.

La mujer, con una voz tan delgada como un hilo, musitó:

—¿Y si no fueron incoherencias, doctor, y si nos dijo lo que realmente vio y oyó?

—No irá usted a creer esa sarta de truculencias, señora Wilson.

—Pero, bueno —gruñó Disdale—. ¿Alguien quiere explicarme qué es lo que contó esa muchacha?

—Dice que vio un monstruo —dijo Morrison—. Una visión de pesadilla. Alto, gigantesco, cubierto de pelo, apenas con forma humana, con unos enormes colmillos y unos ojos de fuego… Por lo menos, eso es lo que entendimos de entre sus atropelladas palabras. Ya le dije que estaba como loca.

Disdale se encogió de hombros.

—¿Dónde cree que vio todo eso? —preguntó.

—En la casa vecina a la del usurero.

—¡Vaya! ¿En casa de la señora Floyd?

—Eso es, sargento.

Éste se volvió hacia Jason.

—Usted la conoce, Browne. Esa muchacha… ¿suele sufrir alucinaciones, pesadillas o algo así?

—¿Cristine? Nunca. Es la muchacha más sensata y ecuánime de cuantas conocí jamás. Tiene una mente extremadamente equilibrada.

—Entonces es algo que le habrá dado de repente —masculló el sargento, entre dientes—. Usted quédese aquí, Morrison, si no les importa a los señores Wilson. Doctor —dijo, encarándose con él—, ¿cuánto tiempo estará esa señorita bajo los efectos de ese sedante?

—Algunas horas, aunque en su estado nervioso uno nunca puede estar seguro. Yo diría que de cinco a seis horas como mínimo.

Disdale asintió con un gesto, cejijunto y preocupado.

—Volveré para hablar con ella personalmente. Usted me acompañará, Browne, quiero hacerle un par de preguntas.

Se dirigió resueltamente hacia la puerta, pero antes de abrirla se detuvo, y mirando fijamente al pintor, le espetó:

—¿Es ella su coartada, mi joven amigo?

Jason esbozó un gesto de contrariedad.

—Mi respuesta sigue siendo la misma, sargento. Le responderé esa pregunta cuando haya podido hablar con la interesada.

Disdale sonrió por primera vez.

—Claro, ya esperaba esa respuesta. Pero apuesto doble contra sencillo a que se trata de ella. Usted dijo que ella le amaba… Es de suponer que leyó en los periódicos de Londres las noticias referentes a lo que estaba sucediendo aquí y se apresuró a venir para echarle una mano en el asuntillo ese de su coartada.

Jason tenía el ceño fruncido. Sólo dijo:

—Usted es quien se lo dice todo. ¿Tiene algo más que preguntarme, sargento? De lo contrario, me gustaría quedarme aquí también para estar al lado de Cristine cuando despierte.

—Naturalmente, puede quedarse. A propósito, ¿cuál es el nombre completo de esa muchacha?

—Cristine Lange.

—Bien…

Abrió la puerta en el instante que en la casa resonaba el teléfono.

Disdale se detuvo de modo instintivo y escuchó. Oyó el murmullo de la voz de Morrison, y luego los pasos precipitados de éste.

—¡Sargento! —exclamó el joven policía—. Es para usted… Parece importante, a juzgar por la voz de Jameson.

—Para el agente Jameson todos los asuntos son importantes, ¿no le parece?

Fue al teléfono, esbozó un gesto de disculpa ante los Wilson y gruñó por el aparato:

—Y bien, Jameson, ¿qué sucede?

—Acaban de llamar denunciando un crimen, señor. —La voz sonaba alterada—. Igual que el de anoche…

Disdale se puso rígido.

—¿Dónde? —rugió.

—La señora Floyd. Hay una verdadera conmoción en la calle Haddon.

El sargento ni siquiera escuchó el resto. Colgó y salió zumbando, gritando al mismo tiempo:

—¡Doctor, acompáñeme!

Pasó al lado de Jason como una tromba, pálido y con el rostro

crispado. Por algún oscuro instinto, el pintor le siguió al exterior, donde les alcanzó el médico cargado con su maletín profesional. Los tres echaron a correr sin que el sargento necesitara decirles una palabra más.

Lo que les esperaba al final de la carrera era algo que el doctor Hamilton y Disdale ya vieran una vez.

En cuanto a Jason…

10

Jason estaba sentado en el escalón de la entrada, con la cabeza entre las manos y la cara de color gris.

Dentro de la casa, el médico y el sargento realizaban su nauseabundo trabajo dominando sus sentimientos a duras penas, mientras en la calle la multitud se agolpaba silenciosa y atemorizada, presa de un terrible sentimiento de pánico.

Al fin, el pintor se levantó y penetró en el horrendo escenario del crimen.

Disdale se volvió al oírle.

—¿Se encuentra mejor, Browne?

—Sí, creo que sí.

—Yo no le dije que viniera, de modo que domine su estómago o váyase de aquí.

—Podré soportarlo.

La habitación parecía como si hubiera sido machacada por un elefante enloquecido, materialmente hecha astillas.

En cuanto al cadáver de la mujer, Jason no podía comprender cómo era posible destrozar a un ser humano con aquella ferocidad, con tamaño salvajismo, de un modo que le hacía dudar a uno de su propia razón.

—No se ha salvado ni el perrillo —comentó el sargento, pasándose un pañuelo por la frente.

Jason ya lo había advertido. El pequeño perro lanudo estaba materialmente estampado contra una pared, aplastado y sangrante.

—Sargento…

—¿Se le ocurre alguna idea brillante, Browne?

—Sólo que esto no puede ser obra de un ser humano. ¿Qué opina usted, doctor?

—Maldito si lo sé. Es una repetición de lo que le hicieron a su tío, los mismos destrozos, las desgarraduras tremendas en el cuello…

Se interrumpió, como si no encontrara la palabra adecuada.

Jason terminó por él.

—Como si fueran feroces dentelladas. ¿Es eso lo que iba a decir, doctor?

—Sí.

—¡Dejen de decir tonterías los dos! —gruñó el policía, irguiéndose—. No hay ningún animal salvaje en toda la región capaz de hacer eso. Ni siquiera un oso que hubiera llegado Dios sabe cómo lo haría. Y no hay osos tampoco en nuestros montes. Todo lo más algún zorro.

Jason murmuró:

—El ser que Cristine vio…

—¡Olvídelo! Estaba en la oscuridad, con alguien amenazador acechando muy cerca. Se puso histérica y creyó ver fantasmas. Es natural en una muchacha, sobre todo tratándose de una muchacha de ciudad, acostumbrada a la gente, a la luz… El campo, en una noche oscura, puede producir extraños efectos en quien no está habituado a su silencio y soledad.

—Esta noche hay una luna espléndida, sargento. Y le repito que Cristine es una muchacha serena y equilibrada.

Disdale no pudo contener un gesto de impaciencia.

—No deseo discutir ahora sobre ese punto. Tiene usted un aspecto lamentable. Mejor será que regrese al lado de su amiga y deje este trabajo para nosotros.

El joven asintió. Tras él, oyó comentar al médico:

—Va a tener usted un trabajo endiablado para calmar a la población, sargento. Esta vez, la gente ya no tendrá dudas de que un asesino sádico y loco anda suelto por las calles. Suponiendo que no les dé por creer en una reencarnación del demonio y entonces sí que no le envidio su tarea.

Jason salió al exterior. Desde el jardín contempló la oscura masa del caserón que perteneciera a su tío. Se imaginó a la muchacha acurrucada en aquella oscuridad, viendo… ¿viendo qué, en

definitiva?

Se estremeció con un súbito escalofrío, como si junto a él pasara el helado pálpito del ser de las tinieblas, la encarnación terrena del mal…

* * *

Desde la cocina, Phyllis veía a su marido trastear por el jardín silbando entre dientes.

También podía ver el cobertizo donde el maldito perro lobo seguía tumbado sobre los sacos, quieto, siniestro, escrutándolo todo con aquellos ojos que producían escalofríos.

Habría de hacer algo respecto al condenado animal. Godowsky parecía haberse crecido desde que lo recogiera…

Engulló el café y salió fuera, acercándose al hombrecillo que excavaba un parterre preparándolo para la plantación.

—Si es cierto que el heredero del viejo está aquí, debemos estar preparados por si se presenta a reclamar la hipoteca, Ben. Sin duda verá que está caducada.

—Ya lo he pensado, Phyllis.

—¿Has pensado también lo que vas a decirle?

Él dejó el azadón y se volvió.

—La verdad, naturalmente. Estoy seguro que nos concederá un aplazamiento. He oído decir que es joven y parece agradable…

—Le dirás que ya redimimos esa hipoteca, Ben.

Este dio un respingo.

—¿Estás loca? Tú sabes que eso sería una falsedad.

—Su tío iba a robarnos nuestra casa. ¿Qué más da que ahora que las tornas se han cambiado nos aprovechemos nosotros?

—Eso no puede hacerse, Phyllis. No tenemos recibos, y los documentos de la hipoteca siguen en las arcas del viejo cuervo…, los encontrará allí sin ninguna duda.

—Los documentos sí, pero el recibo no.

Él se quedó boquiabierto, perplejo.

—¿Recibo? —balbuceó—. ¿Qué recibo?

La mujer no pudo ocultar una mueca desagradable.

—Éste —dijo tan sólo.

Extrajo un papel cuidadosamente doblado de entre sus ropas y casi lo restregó por las narices del hombrecillo.

Godowsky lo tomó, y su estupor subió de punto al darse cuenta de que era un recibo en regla por la cantidad que adeudaban al difunto avaro, y firmado por éste.

—Pero ¿cómo es posible? Phyllis… ¡Lo has falsificado!

—¡Grítalo a todo el pueblo, estúpido! Claro que lo he falsificado. He sacado la firma de las copias que guardamos firmadas por el viejo… Ha sido muy fácil.

—Pero, pero…

—Yo sé aprovechar una ocasión cuando pasa ante mi puerta, Ben. No soy una infeliz impotente como tú.

—¿No te das cuenta que eso… eso es un delito?

—¿Y no era un delito despojarnos de la casa por un puñado de monedas? ¡Dime, desgraciado! ¿No era eso un delito?

El hombrecillo abatió la cabeza. Acabó encogiéndose de hombros, como siempre.

—Haz lo que quieras. Pero sigo pensando…

—Tú no sabes siquiera lo que es pensar. A veces creo que tienes el cerebro del tamaño de un mosquito —le interrumpió ella con hiriente sarcasmo.

Godowsky se dio por vencido y no insistió.

La mujer decidió aprovechar la oportunidad y le espetó:

—Todo esto va a cambiar, Ben. Hoy mismo echarás a ese sucio animal de aquí. Y en lugar de pasarte las horas cuidando la tierra, saldrás a buscar trabajo de lo que sea.

—Lo buscare, he hablado con el señor Teilhet, el del almacén, y probablemente me dará un empleo.

—¿Teilhet? Su mujer es una vieja chismosa.

—No voy a trabajar con su mujer en todo caso, Phyllis, sino en el almacén.

—¡No me repliques! Detesto a esa cotorra.

—He de volver a verle esta tarde. No vayas a estropearlo ahora, por favor.

—¿Estropearlo yo? —estalló la huesuda arpía—. ¿Qué demonios quieres decir con eso, que perdiste tus anteriores trabajos por mi culpa?

—Yo no he dicho eso…

—¡Sólo faltaría que lo dijeras! Los perdiste por inútil, por tu maldito carácter que no sirve para nada.

Él no replicó. De pronto, se sentía terriblemente cansado. No deseaba discutir.

Phyllis soltó un bufido, y dando media vuelta, remachó:

—Y recuerda lo del perro.

—Phyllis, el perro se quedará aquí.

La mujer se detuvo en seco, como si hubiera tropezado con un muro. Se volvió poco a poco, belicosa.

Por un instante pareció dispuesta a emprender uno de sus inacabables y corrosivos ataques, pero por alguna extraña razón lo pensó mejor y sólo dijo:

—Bueno, ya veremos. Pero quiero que sepas que odio a esa maldita bestia.

Y se fue hacia la casa, donde desapareció. Godowsky suspiró. Empuñó otra vez la herramienta para reanudar su labor. Dio un vistazo al perro y advirtió que las pupilas fosforescentes del animal estaban fijas en la puerta de la cocina por donde había desaparecido su mujer.

Pensó que el perro la detestaba tanto como él y eso le produjo una especie de consuelo.

* * *

—Aquí estarás mejor y más tranquila, Cristine —dijo Jason, abriendo la puerta de la habitación de la fonda.

La muchacha entró en el cuarto y fue a sentarse sobre el lecho, inmaculadamente limpio.

—No volveré a sentirme segura hasta que me encuentre en Londres, querido.

—Tonterías. Y de paso déjame decirte que no debiste venir.

—Leí en los periódicos que sospechaban de ti, que no habías presentado ninguna coartada… y vine, eso es todo. Debes decirle a la policía la verdad.

—Comprometiéndote a ti, claro —rezongó él.

—Tonto. ¿Importa eso? Mi reputación es algo que sólo me incumbe a mí. Creí que me conocías mejor.

Él la miró con ternura.

—Creo que no hay nada en ti que yo no conozca, amor mío.

Sentándose a su lado, la estrechó entre sus brazos. Por unos instantes se miraron al fondo de los ojos, casi olvidados de la pesadilla que habían vivido la noche pasada.

Los labios suaves y dulces de la muchacha temblaban. Él los besó y ambos se hundieron profundamente en su propio mundo de placer donde no tenían cabida las pesadillas.

Pero sí los intrusos.

Unos golpes en la puerta les obligaron a volver a la realidad con un sobresalto.

—¿Quién? —gruñó el pintor.

—Disdale, Browne. Abra la puerta.

—Usted tenía que ser, naturalmente.

El sargento, pálido y cansado, con profundos círculos oscuros en torno a los ojos, entró mirándoles como si esperase descubrir evidentes señales de su disipación.

—Haría usted bien borrando las huellas de lápiz labial de la cara, mi joven amigo. ¿Cómo se siente usted, señorita?

Jason maldijo entre dientes y se restregó la boca con un pañuelo.

La muchacha dijo, con voz firme:

—Perfectamente, sargento. Sólo que deseo regresar a Londres hoy mismo… con Jason.

—Usted puede volver a la ciudad cuando lo desee, por supuesto, señorita. Pero el señor Browne deberá permanecer aquí unos días más. Le necesitamos aún. Puro trámite, naturalmente.

—Él no tiene nada que ver con lo que está sucediendo, sargento. Vine expresamente para que no quedaran dudas.

—¡Cristine!

—Oh, no seas tonto, querido. El sargento lo ha adivinado ya. ¿No es cierto? Yo soy la mujer con la que Jason pasó la noche. Su coartada, para decirlo en su propio lenguaje.

—Estaba seguro, pero no retengo al señor Browne como sospechoso ahora, sino porque él va a tener trabajo aquí.

—¿Trabajo?

—Es el heredero, ¿lo ha olvidado? Esta tarde podrá entrar en la casa de su tío y hacerse cargo de ella y de cuanto contiene. Supongo

que querrá examinar los libros, los documentos…

—Eso no corre ninguna prisa por mi parte. Además, estoy seguro que ya los han examinado ustedes a fondo, sargento, buscando posibles sospechosos.

El policía sonrió.

—Por supuesto. Y si hubiésemos de guiarnos por esos documentos, más de la mitad del pueblo serían sospechosos. Es asombrosa la cantidad de gente que tenía motivos para odiar a muerte a su tío.

—No me sorprende en absoluto.

La muchacha terció, resuelta.

—Está usted desperdiciando el tiempo, sargento, si busca un sospechoso entre los sencillos ciudadanos de Gladstone… No hay otro asesino que la horrenda criatura que yo vi.

—Comprenda que yo no puedo creer en monstruos y todas esas cosas, señorita. Es cierto que toda la población anda revuelta, llenos de miedo, gracias a su prolija descripción hecha en casa de los Wilson, pero la gente puede creer en aparecidos. La policía, no.

—¡No era un aparecido! ¿Es que se empeña en negar lo que yo vi con toda claridad? Era un ser de carne y hueso, poderoso y terrible. No una visión inmaterial.

Disdale acercó una silla y dándole la vuelta se sentó a horcajadas sobre ella.

—Permítanme, estoy agotado. Oiga, señorita…

—Lo vi, sargento. La luz de la ventana cayó sobre él. Pude distinguir cada detalle de su horrible cabeza de orejas puntiagudas, y sus ojos salvajes y brillantes, como si hubiera un rojo fuego tras ellos…

—Recuerdo perfectamente la descripción que me hizo usted, señorita Lange. Pero yo iba a hacerle una pregunta. ¿Ha leído algo sobre licantropía alguna vez?

—¿Licantropía?

Jason se enderezó como sacudido por una corriente eléctrica.

—Eso dije —insistió el sargento.

La muchacha buscó la mirada de su amante. Estaba pálida.

—Sí —murmuró—. Sé lo que significa esa palabra.

—Hombres lobos y todo eso. Seres infernales de apariencia completamente normal, y que en determinadas circunstancias se

convierten en feroces hombres lobos. Sólo que eso no es otra cosa que una fantasía literaria. No existen. Y lo que usted describe es, sin ninguna duda, un licántropo, un hombre lobo de enormes proporciones. Y no hay tal. ¿Se da cuenta?

Ella sacudió la cabeza, insistiendo:

—No sé qué clase de monstruo de las tinieblas era el que vi, pero era real. Y fuerte, espantosamente fuerte. Con un ligero gesto del brazo pulverizó la ventana.

—Había de ser fuerte para hacer lo que hizo una vez dentro, de eso no tengo dudas —gruñó el sargento—. Pero le repito que los hombres lobo no existen. Nunca han existido.

—Sargento —murmuró Jason—. ¿Podría tratarse de alguien que sí cree en esos monstruos? Alguien lo bastante perturbado para llegar a imaginarse que es realmente un licántropo, un hombre lobo…

—Esa demencia puede darse, qué duda cabe, y en realidad se ha dado alguna que otra vez. Pero observe que se trata de pobres locos *que creen* convertirse en hombres lobo. *No se convierten*, ¿comprende? Y su joven y bella amiga dice que vio precisamente a un ser horrendo, con largos y afilados colmillos, ojos llameantes y el cuerpo cubierto de pelo grisáceo, recio y erizado… Hay una diferencia concreta entre una cosa y la otra.

Impaciente, la muchacha repitió:

—¡Le digo que vi esa *cosa* terrible, fuera lo que fuese!

Disdale la miró con evidente simpatía.

—Usted cree que lo vio. De acuerdo. El hombre podía cubrirse con uno de esos abrigos peludos que estuvieron de moda hace algún tiempo… En realidad, pueden existir multitud de explicaciones sensatas para ese fenómeno. Pero yo quería pedirle que no insistiera en sus afirmaciones, señorita Lange, por lo menos delante de extraños. Ha sembrado el pánico en toda la población, y el terror es contagioso. ¿Comprende lo que quiero decir?

Ella asintió, desalentada.

Jason preguntó:

—Dando por sentado que se trate de un criminal más o menos loco, pero limitado a las fuerzas de un ser humano… ¿Cómo explica el doctor Hamilton esas tremendas heridas, con qué cree fueron producidas?

—No lo sabe aún. Reconozco que está desconcertado. Incluso ha hecho venir al doctor Platte, de Wislow, para que le ayude y emita también su opinión. Sin embargo, eso no indica forzosamente que las heridas fueran causadas por los colmillos de ninguna bestia salida del infierno.

Los dos jóvenes no replicaron. Estaban francamente desconcertados, cada uno a su manera.

El único que parecía seguro de sus opiniones era el sargento Disdale, quien se levantó al fin y suspiró lleno de cansancio.

—Bueno, mis jóvenes amigos, en realidad sólo vine para establecer definitivamente su coartada, Browne. Hará usted bien convenciendo a la señorita Lange de que regrese a Londres y…

Ella sacudió la cabeza.

—Me quedaré al lado de Jason —insistió.

—Como guste… No puedo obligarla a marcharse, por supuesto. Bien, ya les he importunado bastante. ¿Acudirá usted a la casona esta tarde, Browne?

—Sí, iré. Cuanto antes termine, antes podremos dejar zanjado este asunto.

—Ustedes sí, yo no —rezongó Disdale, despidiéndose.

Cuando se cerró la puerta, la muchacha susurró:

—Abrázame, querido. Siento tanto miedo que podría ponerme a chillar ahora mismo.

—Eso alborotaría a toda la fonda, pequeña… Mejor será amordazarte, supongo.

La besó, y la apasionada mordaza fue tan efectiva que durante mucho tiempo en la cálida habitación no se escuchó ni un suspiro.

11

Al caer la noche, la gente atrancó puertas y ventanas y las calles quedaron tan desiertas como una de las legendarias ciudades fantasma del Oeste americano.

Un silencio opresivo, absoluto, cayó sobre Gladstone, envolviendo la población, denso y siniestro cual un sudario.

Disdale hubiera deseado contar con una plantilla de cien hombres para controlar debidamente las calles esa noche. Sólo contaba con tres, y hasta entonces habían sido más que suficientes para la pacífica comunidad que tenían a su cargo.

Despachó a Jameson y Harris, dos hombres que había rebasado ya los cuarenta años, encargándoles patrullar sin descanso unas zonas bien delimitadas. Después, se encaró con Morrison.

—Usted se encargará de la zona donde está enclavada la fonda, ¿comprende?

—Creo que sí.

—Hay un cierto método en los ataques de ese demente o lo que sea. Mató al viejo Simon por alguna razón muy concreta, eso es seguro. Pero la pobre señora Floyd era una mujercita inofensiva… y la asesinó también. ¿Por qué?

—Tal vez porque fue la única persona que le vio —aventuró el joven policía, seguro de acertar.

—Ni más ni menos. Y ahora hay alguien que le vio también con mucho más detalle. Cristine Lange, y todo el pueblo ha estado comentándolo sin cesar durante todo el día. Así que usted vigilará ese sector, y no perderá de vista la fonda ni un segundo.

Morrison asintió, pero quiso puntualizar.

—¿Estará usted aquí por si hay algo que informar, señor?

—No, aquí no va a quedar nadie esta noche. Yo haré las veces de enlace. Supervisaré todas las rondas, la de usted y la de Jameson y Harris. Pero tendré informada de mi posición a la telefonista de la central durante todo el tiempo. Podrán comunicarse con ella en caso de necesidad.

Morrison asintió, se ajustó el casco y tras un saludo se hundió en la noche, deseando íntimamente que el monstruo, o lo que fuera, decidiera marcharse al infierno de una vez por todas y les dejara en paz. Precisamente esta noche que tenía una agradable cita concertada con cierta dama…

Disdale apagó las luces, se encasquetó su impecable gorra galoneada y salió a su vez. Sólo que él no deseaba que el monstruo, o lo que fuera, se hundiese en ninguna parte. Al contrario.

Lo que él deseaba era cazarlo de una vez por todas.

* * *

El panorama de las calles, a medianoche, era desolador.

Un pueblo muerto, y, sin embargo, con la vida agitándose temerosa en el interior de cada casa, en silencio, con unas gentes empavorecidas, tendiendo el oído, luchando por dormir, creyendo oír siniestros rumores donde éstos no existían más que en su imaginación.

Porque la gran sombra furtiva que se deslizaba en la negrura de la noche no producía rumor alguno.

Era sólo eso, una sombra.

El agente Jameson dobló la esquina de la calle Court y se detuvo, aburrido. Era un hombre flemático y tranquilo, que nunca se alteraba por nada.

Es dudoso que se hubiese alterado siquiera, aunque hubiera descubierto la gran sombra agazapada a corta distancia. Lo que en aquellos momentos preocupaba a Jameson eran sus deseos de fumar. Sólo que el sargento podía presentarse en cualquier momento y un simple cigarrillo podría convertirse en un desagradable rapapolvo.

De modo que reanudó su lenta caminata, y en ella pasó a pocos

pasos de aquella masa oscura y sombría.

Instantes después, Jameson creyó oír un sordo gruñido tras él, en las profundas sombras de algún jardín. Se volvió, porque no había visto ningún perro en ese lugar.

El sordo y amenazador gruñido no se repitió. Debía tratarse de un buen perro de guarda, pensó.

Quizá uno de esos grandes perros lobos que tanto suelen gustarle a la gente.

Se alejó peleándose a brazo partido con sus deseos de encender un cigarrillo.

Jameson nunca supo cuán cerca estuvo de la muerte.

* * *

Morrison levantó la cabeza y dio un vistazo a las ventanas iluminadas del piso alto de la fonda.

Una de aquellas ventanas debía pertenecer a Jason Browne, sin ninguna duda.

La otra, a la bellísima Cristine Lange.

Sintió una corriente cálida alterarle la sangre al pensar en ella.

Aquella muchacha le había causado una tremenda impresión, y cuanto más pensaba en ella esa impresión se afianzaba, porque iba recordando detalles de cuando la tuvo en brazos, desvanecida, de cuando la depositó en el diván, con las ropas revueltas, sus hermosos muslos al descubierto, los agudos senos alterados por la agitada respiración…

Sacudió la cabeza.

En su vida había visto otra joven tan hermosa, de eso no cabía duda.

De pronto, se le ocurrió que en esos momentos quizá estaba en los brazos de Jason Browne y se estremeció. El condenado pintamonas era un tipo afortunado, seguro.

De repente, una de las ventanas se oscureció. Sólo quedó la otra, brillando amarillenta en la negrura de la fachada lateral de la fonda.

Morrison reanudó su paseo, doblando la esquina. El resto del edificio estaba en completa oscuridad. Se preguntó cuándo

aparecería el sargento, en su ronda de inspección.

Apenas hubo doblado la esquina, la siniestra sombra surgió de las tinieblas, deteniéndose al otro lado de la calle, pegada a la pared de una casa tan silenciosa como las demás. Unos ojos de fuego se alzaron hacia aquella ventana que era una mancha de vida en la sombría oscuridad de la muerte.

Detrás de la ventana latía la vida con toda su más pujante intensidad, porque dos seres jóvenes y fuertes se amaban, y no hay otra fuerza que aliente tanto la vida como el amor.

Cristine despegó los labios y echó la cabeza atrás.

—No debiste entrar esta noche, querido. Recuerda que estamos en una fonda de pueblo.

—Tienen otras cosas de que ocuparse —sonrió el pintor—. Tienen tanto miedo que apuesto que han cerrado con llave las puertas de sus habitaciones.

—Yo también tengo miedo.

—Por eso estoy aquí, abrazándote.

Ella rió.

—Me gustaría estar segura que me ahogas entre tus brazos sólo por ese motivo…

—Hablas demasiado.

Le cerró la boca con sus labios, absorbiendo cada partícula de su aliento en aquel beso. Tanteó tras él y la luz se apagó, sumiéndoles en una cómplice penumbra.

—Jason, te quiero.

—Ya lo sé.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Hay muchas más cosas, por supuesto.

Las había. Y se las dijo.

La muchacha rió. Hubo un suave fru-frú de ropas, el chasquido de otro interminable beso y después silencio.

Sólo que no era el silencio tenso y temeroso del resto del pueblo, si no el silencio vivo y palpitante del amor y de la vida, de la plenitud, del quieto torbellino en el que gira el mundo de los amantes.

Un torbellino distinto del que agita el mal.

El mal agazapado allá fuera, esperando, acechando, presto a matar.

Cuando Jason se levantó para encender un cigarrillo, dijo:

—Podremos irnos pronto, cariño. Voy a quemar todos los documentos de mi tío. Da náuseas comprender lo que estuvo haciendo.

—Me alegro oírte decir eso.

La llamita del mechero brilló en la oscuridad y después se apagó.

Él le pasó un cigarrillo encendido a la muchacha, que aspiró el humo con placer, levantándose a su vez.

—Jason, ¿tú crees que un hombre y una mujer pueden amarse como nosotros toda la vida?

—No lo sé, ni me preocupa. Te amo y eso es suficiente mí.

—A veces te arañaría.

Cristine aspiró el humo y se acercó a la ventana en plena oscuridad.

—Es una noche hermosa, querido.

Él se tendió en el lecho.

—Mi romanticismo no llega hasta el extremo de dedicarle versos a la luna. Ven aquí, ángel.

Hubo un breve silencio.

Después…

—¡Jason!

El grito le hizo dar un salto.

—¡Nena! ¿Quieres alborotar a toda la fonda?

—¡Está ahí, Jason!

—¿Quién?

—El…, esa *cosa*…

Jason brincó fuera de la cama como impulsado por un resorte.

De un salto estuvo junto a la muchacha, abrazándola por la cintura, como queriendo ampararla, notando el temblor del cuerpo desnudo en sus manos.

—¿Dónde? —murmuró.

—¡Allí…, sus ojos… nos miran, Jason!

—No puede vernos en la oscuridad.

Aunque de eso, ni él mismo estaba muy seguro.

Había dos pequeños globos rojizos al otro lado de la calle, junto a la casa que hacía esquina. Era como pupilas fosforescentes que estaban fijas en la ventana sin ninguna duda.

—¡Son sus ojos! —gimió Cristine—. ¡Sus horribles ojos diabólicos, Jason!

—¡Maldito!

La soltó y empezó a vestirse precipitadamente en plena oscuridad.

—¡No enciendas la luz! —exclamó—. Si ve que le hemos descubierto, huirá.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Cazarlo!

—¡No!

—¡Maldita bestia! O lo que sea —masculló—. No voy a dejar que turbe nuestras noches.

—¡Jason, no salgas!

—Está ahí abajo, ¿no? Nos vigila… o te vigila a ti, seguramente porque le viste. Bueno…

—¡No!

Él había abierto la puerta. Se volvió y dijo:

—Cierra con llave por dentro y no abras a nadie más que a mí.

—¡Vuelve, por Dios!

Él cerró de un portazo y descendió las escaleras a saltos, sintiéndose tan furioso que se creía capaz de aplastar a un oso que se le enfrentase.

Aterrorizar a Cristine, amenazarla con su acecho, con su sombría presencia…

Atravesó el comedor de la fonda, corrió a través del vestíbulo y se detuvo en la puerta.

Naturalmente, estaba cerrada y no pudo encontrar la llave en ninguna parte.

Se plantó frente a la ventana, la abrió y saltó al exterior con silenciosa agilidad. Con el mismo silencio corrió hacia la esquina de la calle lateral y atisbó la oscura masa de sombras.

No había el menor rastro de los malignos ojos ni del desconocido.

Atravesó la calle, resuelto, hasta el lugar donde viera los dos globos fosforescentes. No había nadie.

Se volvió. La luz de la habitación de Cristine estaba encendida y la ventana abierta de par en par, con la muchacha asomada por completo en ella.

—¡Maldita sea mi estampa! —rezongó.

—¡Alto! ¿Quién anda ahí?

Se volvió.

—¿Es usted, Morrison?

—Sí.

—Reconocí su voz. Soy Jason Browne.

El policía se unió a él, intrigado.

—¿Qué diablos está usted haciendo aquí… y así?

Jason llevaba sólo los pantalones y los zapatos, sin siquiera los calcetines. Su torso desnudo, en medio de la noche, era como para intrigar a cualquiera.

—Estaba aquí, Morrison. Le vimos desde arriba.

—¿El monstruo?

—Lo que fuera, y es cierto que sus ojos parecen despedir fuego. Ahora lo sé porque yo también, los he visto.

—¿Ha huido entonces?

—Seguro. Cristine ha encendido la luz para ahuyentarlo antes que yo pudiera cazarlo. Ella tenía mucho miedo.

—Y mucho sentido común. ¿Qué pensaba hacer usted solo, no ha comprendido aún que ese hombre, o lo que sea, tiene la fuerza de diez hombres normales?

Por primera vez, Jason se estremeció.

—Maldito si lo pensé. Sólo supe que estaba aquí, acechando a Cristine, y perdí el control.

—Vuelva a la habitación. Yo trataré de ponerme en contacto con el sargento.

—Está bien.

—Y no deje sola a la señorita Lange, señor Browne. No sabemos si ese demonio volverá a intentarlo más tarde.

Él asintió y regresó a la fonda. Cuando hubo cerrado la puerta a sus espaldas se sorprendió al darse cuenta de que temblaba como si sintiera un frío terrible en los nervios.

Sólo entonces comprendía la imprudencia cometida, al intentar enfrentarse solo y sin armas a aquel terror desconocido que hundía a todo un pueblo en el espanto y la incertidumbre.

Cristine le miró, sumisa, cuando él entró en la habitación. Se había envuelto en un ligero batín de seda y era una imagen adorable.

—¿Por qué lo hiciste? —le reprochó Jason—. Conseguiste que se pusiera a salvo.

—Te salvé a ti, amor mío. Encendí la luz y me asomé. Creo que incluso gritó algo, no estoy muy segura.

—Mi pequeño ángel…

La abrazó.

No se sorprendió de que ella estuviera temblando también.

Ambos estaban seguros de haber sentido el aleteo de la muerte muy cerca…, muy cerca…

12

Godowsky se sorprendió al llegar a su casa. No era frecuente encontrar a su mujer de cierto buen humor. En realidad, no recordaba que en muchos años ella le hubiera recibido sin ninguno de sus acerados y corrosivos comentarios.

Y no podía ser porque supiera la noticia aún.

—He preparado café —dijo ella—. Te fuiste tan temprano…

—Gracias.

—Siéntate mientras lo sirvo.

Estupefacto, él se dejó caer en una silla y miró a su mujer como si la viera por primera vez.

—Phyllis…

—¿Sí?

—¿Te encuentras bien?

—Claro. ¿Por qué?

—¿Hablaste con Teilhet?

—Acabo de dejarle en el almacén. Me ha dado el empleo, Phyllis, las cosas van a arreglarse ahora.

Ella depositó dos tazas sobre la mesa y se sentó. Escanció el café negro y suspiró.

—Empezaba a ser hora, Ben.

El hombrecillo no salía de su sorpresa.

—Podemos rehacer nuestra vida otra vez, Phyllis. Conservamos la casa, tengo trabajo…

—¿No sabes nada del heredero de Dachs aún?

—Éste es otro asunto. Corre el rumor de que no va a reclamar nada de lo que se adeudaba a su tío. Dicen que es un muchacho

joven, pintor…, un artista, ¿comprendes?

—Mejor así, aunque de todos modos, con el recibo preparado nada podría reclamarnos a nosotros.

Él abatió la cabeza, consternado. Aquel recibo falsificado le amargaba cada vez que pensaba en él.

Tomó su café. Pensó en el perro, solo en el cobertizo, y en que no le había preparado comida aún. Deseó que su mujer saliera de la cocina.

Entonces, ella le sorprendió de nuevo.

—Le llevé un poco de comida a ese horrible animal. Pero insisto en que lo eches de aquí cuando esté curado.

Él dio un suspiro.

—¿Le llevaste comida?

—Eso hice. Después de todo, no creo que nos moleste mucho tiempo. No puede tardar en curar.

Godowsky pensó que cuando eso sucediera ya habría ocasión de volver a discutir sobre la oportunidad de quedarse con el gran perro lobo o no, de modo que guardó silencio satisfecho de cómo se presentaban las cosas y esperó que rodaran los acontecimientos.

Sólo que se produjeron mucho más aprisa de lo que pudo imaginar.

Antes de media tarde, el gran perro lobo había muerto.

Tenía una sucia espuma verdosa en torno a las fauces y su cuerpo estaba rígido como una tabla.

Desolado, Godowsky se quedó plantado en el cobertizo, incrédulo, sintiendo crecer la ira en oleadas, rechinando los dientes como una fiera impotente.

Al fin, dio media vuelta y entró en la casa pisando como un sonámbulo.

—¡Phyllis!

—Estoy aquí, en la cocina.

Se reunió con ella. De un zarpazo la obligó a volverse y le espetó:

—¡Lo has envenenado! ¿No es cierto? Eso es lo que hiciste… ¡Le diste comida envenenada!

Los ojillos malignos de la arpía chispearon.

—¡Está bien, sí! —gritó—. Le puse cianuro en la comida y se acabó. Te dije que odiaba a esa bestia. Era una molestia, y un gasto

inútil. Si tú no fueras un estúpido pusilánime, estarías de acuerdo conmigo.

—Lo has matado…

—¡Y dale! Con cianuro. Era un animal apestoso… y, además, inquietante. Le odiaba. Ahora se acabó.

Él sintió tentaciones de abofetearla, de estrellarla contra la pared.

—¡Maldita arpía! —barbotó.

—¿Cómo te atreves…?

La mujer volteó la mano y el bofetón resonó seco, duro, como un latigazo.

—¡No vuelvas a insultarme jamás, Ben Godowsky! —rugió—. ¡No me llames eso nunca más o…!

Él retrocedió, espantado. Ella parecía haberse vuelto loca.

—¡Nunca más! ¿Me oyes? ¡Nunca más vuelvas a llamarme así!

Él salió a trompicones de la cocina, tambaleándose. Caminó como un sonámbulo hacia el cobertizo donde el cadáver rígido del gran perrazo era la patética estampa de otro gran fracaso en su propia vida.

Después, silencioso, sombrío, Godowsky cavó un profundo hoyo en un ángulo del jardín. Tomó el cuerpo del perro y lo depositó en el fondo casi con dulzura. Tras esto, empezó a cubrirlo con tierra.

La cabeza del animal había quedado torcida. La tierra tardó más en cubrirla que al resto del cuerpo y hubo un momento en que sólo quedó al descubierto el hocico del perro, contraído, mostrando la feroz amenaza de sus agudos colmillos…

Después, la tumba del can se llenó y Godowsky estuvo aún cierto tiempo plantado allí, mirándola, solitario, tan solo como no se sintiera en su vida…

Desde la cocina, su mujer le contemplaba a él con una inmensa burla en su mirada. Burla y también un inmenso desprecio.

* * *

Pasó el tiempo rápidamente, casi sin sentir.

Gladstone había recobrado su acostumbrada placidez y era de nuevo una población risueña que empezaba a despertar de su idílico

letargo.

Se alzaban fábricas en las cercanías del río. Industrias que traían trabajo y prosperidad.

Cierto que el río se había quedado sin peces, porque las industrias lo llenaban de detritus.

Pero el dinero corría en riada incontenible. Todo el mundo en una medida u otra participaba también de ese progreso.

Las pequeñas y hermosas casas particulares caían bajo la piqueta y comenzaban a alzarse bloques de apartamentos para los obreros que se establecían en la población, atraídos por el trabajo abundante y seguro.

Ya nadie recordaba el terror.

Simon Dachs era un lejano recuerdo que se iba esfumando lentamente.

Y la señora Floyd y su perro de aguas. ¿Alguien los recordaba?

Nadie.

O tal vez el sargento Disdale.

Gladstone iba camino de convertirse en una gran ciudad fabril dentro de poco tiempo.

En consecuencia, los solares donde estaban enclavadas las deliciosas casitas particulares subían como la espuma.

Llegaría el momento en que valdrían verdaderas fortunas…

* * *

—¡Siempre serás un fracasado!

Godowsky se encogió de hombros.

Había llegado un momento en que ya ni siquiera replicaba. Incluso, en ocasiones, ni siquiera oía el zumbido corrosivo de la voz de su mujer.

—¡Todo el mundo está ganando dinero a montones menos tú!

Al demonio con eso. Tenía suficiente para vivir.

—Sólo tú te conformas con un sueldo miserable en ese sucio almacén de Teilhet. ¿Es que no puedes reaccionar como un hombre, Ben Godowsky?

Cuando obtuvo el empleo en el almacén de Teilhet, ella lo aprobó. Era un gran empleo por entonces.

De pronto, como si hubiera esperado el momento psicológico oportuno para soltar la bomba, Phyllis espetó:

—Vamos a vender esta casa.

Él dio un salto.

—¿Esta casa? —gritó—. ¡Jamás! ¿Lo oyes? Dime todo lo que te dicte tu retorcido cerebro. Ya no me importa. Pero eso no… ¡Eso jamás! Nunca dejaré mi casa.

—¡La venderemos! Nos darán un dineral por el terreno. Los están pagando a precios increíbles para construir bloques de apartamentos. Y nos cederán uno de los pisos en compensación, además, y…

—¡No!

—¡Ben, no me provoques!

—¡He dicho que no! —Ni él mismo se explicaba de dónde le fluía semejante energía—. Es mi casa, mi jardín. ¿Tendría jardín en un apartamento? No, Phyllis, no venderé.

—Pues yo sí. Lo haré, maldito inepto, inútil. La casa está a nombre de los dos. ¿Lo olvidaste o qué? ¡La venderé!

Él se irguió en toda su insignificante estatura. Repentinamente, un furor como no conociera nunca antes le inundó como una ola.

—No lo harás —dijo, suavemente.

—Ya lo creo que sí. Y antes de lo que imaginas.

Él sacudió la cabeza y en el mismo tono añadió:

—Antes te mataré, Phyllis.

Fue la voz, la expresión de los ojos y no las palabras lo que impresionó a la mujer, que retrocedió un paso, asustada.

Él le dedicó una ligera sonrisa, y sin prisas, salió de la casa.

La mujer estuvo un largo tiempo inmóvil, rechinando los dientes. Después, empezó a preparar la cena.

Luego subió al desván, lleno de polvo y trastos viejos, abandonados desde una eternidad antes. Revolvió en el fondo de un baúl desportillado hasta encontrar lo que buscaba.

Un pequeño frasquito de cristal oscuro.

Se irguió, rígida, huesuda. Destapó un instante el frasquito y lo acercó a su nariz para estar segura de no equivocarse.

El contenido del frasco olía endiabladamente a almendras amargas…

* * *

Godowsky pidió otra pinta de cerveza. De un tiempo a esta parte encontraba olvido bebiendo, aunque sin llegar a perder nunca la compostura.

El tabernero rió.

—Hoy tienes una sed endiablada, Ben.

—Sí.

—¿No quieres charlar?

—No, estoy pensando en mi jardín.

—¿Qué pasa con tu jardín?

—Pienso que en un apartamento no lo tendría. ¿Es cierto o no que no tendría jardín en un maldito piso?

El tabernero empezó a preocuparse.

—Ben, creo que ya llevas suficiente por esta noche.

—No estoy borracho, no lo estoy, Tommy. Pero quiero seguir cuidando mi jardín, ¿entiendes? Es mi único amigo, el único lugar donde encuentro la paz.

—Claro, claro.

—De modo que no venderé jamás.

—Me parece muy bien —rezongó el tabernero, alejándose.

Ben Godowsky volvió a quedar solo con sus pensamientos.

Apuró la cerveza hasta la última gota.

* * *

Phyllis dejó la mesa preparada para la cena. Se esmeró incluso más que de costumbre, una ligera sonrisa aleteando en sus duros labios.

Después, dio un vistazo al escenario. Estaba satisfecha, por supuesto.

Sabía que Ben llegaría bebido. No mucho, pero sí lo suficiente para apreciar que ella deseaba hacer las paces y olvidar…

Soltó una risita seca, burlona, y subió a su dormitorio.

Cuando volvió a bajar, él todavía no había llegado. La mujer se había peinado con cierto esmero, cambiado de vestido, y como obsequio al hombre, que iba a morir, incluso se puso un viejo collar

de gruesas cuentas de vidrio imitando perlas rosadas que resaltaba contra su huesudo escote como un faro en las tinieblas.

Y esperó.

Todo estaba a punto. La sopa, caliente cerca de la cocina. Aquella sopa que la libraría de una vez por todas de la rémora de su inútil hombrecillo. Esta vez había calculado bien, sin exagerar tanto la dosis como cuando mató al perro.

Ben se retrasaba. Tal vez, enfurecido, había bebido más que de costumbre todavía.

Comenzó a impacientarse, dando vueltas por la cocina, asegurándose una y otra vez de que todo estaba en orden, listo para cumplir su fatal cometido.

Entonces oyó el chasquido de la puerta principal, que nunca estaba cerrada con llave.

El muy estúpido… En lugar de entrar por la cocina, como de costumbre, se colaba por la puerta principal.

La mujer tuvo una repentina idea y dio un respingo.

Quizá Ben, bebido y furioso, había decidido no cenar siquiera, encerrándose en su cuarto.

Corrió hacia el vestíbulo, agitada, resuelta a que ésta fuera la última noche que él estuviera en este mundo.

—¿Ben? —gritó—. He preparado la cena, Ben… Y he cambiado de idea. Ya no quiero vender la casa. Después de todo, no encontraríamos lo que tanto te gusta en un apartamento. Tú tenías razón. ¿Ben?

Los pasos de alguien mucho más pesado que Ben.

Unos pasos suaves y pesados a un tiempo.

La mujer contuvo el aliento.

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. Sólo un apagado gruñido, sordo, bronco y siniestro.

Con el miedo apoderándose de ella, Phyllis alargó la mano y encontró al fin el conmutador de la luz.

La encendió.

La horrenda pesadilla, la visión enloquecedora del terror más absoluto estaba allí, mirándola con ojos fosforescentes, mostrando unos agudos colmillos en un rostro informe, mitad bestia y mitad hombre, visión espeluznante brotada del mismísimo infierno…

Las garras se tendieron hacia adelante, los colmillos chasquearon, como anticipándose al gran festín de sangre que se avecinaba.

Phyllis, paralizada de espanto, emitió el más hiriente alarido que haya escuchado jamás el oído humano.

Después…

Después se desencadenaron todas las fuerzas del mal.

* * *

Disdale estaba paralizado ante la destrucción que le rodeaba.

Y ante los despojos de lo que una vez fuera una mujer.

—Otra vez —musitaba, como una oración—. Otra vez ese monstruo.

La garganta de la víctima estaba cercenada por una salvaje dentellada que casi había separado la cabeza del tronco. El collar de cuentas de vidrio imitando perlas estaba roto y parte de las falsas perlas esparcidas por el suelo, chapoteando en la sangre que lo salpicaba todo.

Ben Godowsky, como una estatua insensible, miraba aquella carnicería desde un rincón idiotizado, sin acabar de asimilar todo el horror de la situación.

De pronto, el sargento Disdale se agachó, intrigado.

—¡Morrison!

El joven agente, ahora ya no tan joven, corrió a su lado.

—Hay que recoger esas perlas, Morrison. Tengo la impresión de que faltan algunas porque con las que quedan a la vista apenas podría rodearse el cuello de una mujer. Y esos collares suelen ser largos… ¿Godowsky?

El hombrecillo vaciló.

—¿Recuerda ese collar de su esposa?

—Sí, era antiguo, de cuando ella era joven… No comprendo por qué lo llevaba esta noche.

—Acérquese. Sosténgale, Morrison… Bien, eche un vistazo. ¿Cree que está completo?

Godowsky sacudió la cabeza, negando. Luego salió precipitadamente de la estancia destruida y desapareció en el

exterior.

Buscaron las perlas por toda la casa, reconstruyendo el collar con las que quedaban.

Faltaron casi la mitad, como también faltaba un pedazo del hilo de nylon que ensartaba las falsas perlas.

—El asesino se lo llevó, aunque maldito si comprendo cómo o por qué —rezongó el sargento—. De todos, al fin tenemos una pista. Hay que buscar ese pedazo de collar, aunque esté escondido en el mismo infierno.

Sin saberlo, quizá el sargento adivinaba el sombrío escondite de aquel trozo de collar.

* * *

—He vendido la casa —dijo Ben, apurando su cuarta pinta de cerveza.

El tabernero le miró, apenado.

—Lo comprendo, Ben.

—No podía seguir viviendo allí, Tommy. Era una constante pesadilla, todo lo que sucedió, tanta sangre, tanta destrucción…

—Has hecho bien, amigo mío. Nadie en su sano juicio seguiría viviendo en un lugar donde… bueno, ya entiendes.

—Llena otra pinta, ¿quieres?

—Seguro, Ben.

Había vendido la casa. Y el jardín, por supuesto.

Ya nunca más podría volver a cuidarlo, a acariciar las flores que le devolvían generosamente con su fragancia los desvelos que les dedicaba.

No quiso volver a verlo siquiera.

¿Para qué?

No quiso contemplar cómo los hombres, insensibles, destruían su obra de tantos años.

Cavaron aquí y allá, arrancando árboles, arrasando arbustos y parterres, abriendo zanjas más y más profundas para afianzar los cimientos del edificio que se iba a construir.

Fue en una de esas zanjas donde lo encontraron.

—¡Eh! —exclamó el obrero que cavaba—. ¡Mirad lo que hay

aquí!

Se apelotonaron a su alrededor.

Lo que había aparecido al cavar era el pelado esqueleto de un perro de gran tamaño. Los huesos limpios, destacando las poderosas mandíbulas con unos colmillos aguzados, siniestros.

Y entre los colmillos…

—¿Qué diablos es esto? —balbuceó el obrero, agachándose dentro de la zanja.

Lo que los colmillos sostenían, enredado en ellos, era un trozo de collar de cuentas de vidrio imitando perlas rosadas.

Falsas perlas que ya no eran rosadas, sino oscuras a causa de las manchas parduscas que las ensuciaban.

Los hombres se miraron unos a otros, perplejos, ignorantes del feroz significado de su hallazgo.

Nunca lo supieron.

Afortunadamente.

FIN